

USA TODAY Bestselling Author

Nadine Millard



*La Alegre Navidad
de Lady Holly*

LA ALEGRE NAVIDAD DE LADY HOLLY

NADINE MILLARD

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Epílogo](#)

PRÓLOGO

—Estoy segura que si lo pides amablemente, la cocinera te permitirá ayudarla con el pan de jengibre.

Holly Sallins le sonrió a su madre, quien le guiñó un ojo, como si estuviera conspirando.

Ya era la época favorita del año de Holly: ¡la Navidad!

La cocinera era originaria de Alemania y durante los últimos años, la familia Sallins había disfrutado de todos sus maravillosos platos navideños. Incluso el pan de jengibre era la cosa más deliciosa que Holly jamás había probado.

Ella balanceaba sus piernas alegremente, mientras ayudaba a su madre a juntar las ramas y guirnaldas, que decorarían la mansión.

El padre de Holly no estaba particularmente motivado por la Navidad. De hecho, el vizconde solo atendía sus intereses comerciales y sus deberes como noble. Aunque a la madre de Holly siempre le había encantado la Navidad y hacía que esta celebración fuera especial.

—Listo. Finalmente terminamos. —La madre sonrió, levantando la última guirnalda para que Holly la inspeccionara.

El follaje era exuberante y verde, la baya que le había dado nombre a Holly, desde que llegó al mundo, en Nochebuena, añadía toques de color vibrante, al igual que la cinta blanca, como la nieve que adornaba la decoración.

—Es hermosa, mamá —jadeó Holly con sus ojos marrones, brillando de emoción.

—Corre y... —Lo que sea que su madre estuvo a punto de decir se interrumpió de repente, cuando jadeó y la guirnalda cayó de sus dedos.

Holly corrió a su lado, alarmada por la repentina palidez en las mejillas de su madre.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó con voz temblorosa por el miedo.

—N-nada, querida, estoy bien. —Su madre sonrió, pero parecía adolorida. Gotas de sudor salpicaban su frente y humedecían su cabello rojizo y dorado, tan parecido al de Holly. Y extendió la mano y tocó la pequeña campana, que estaba al lado de su silla.

Aunque ellas estaban en la sala de estar de su madre, una de las favoritas de ambas. A Holly le encantaba que su silla fuera igual que la de su madre, y pasaban horas juntas, en esa sala, leyendo y pintando. En esta, la madre le había enseñado a Holly a tocar el piano y a cantar.

—Ve y pregúntale a la cocinera sobre ese pan de jengibre, cariño —insistió su madre, suavemente.

Bessie, la doncella de su madre, entró corriendo. Y se detuvo en la puerta, con el rostro marcado por la preocupación. Sin embargo, esa mirada asustó aún más a Holly.

—Ven conmigo, Lady Holly. —Bessie guió a Holly con delicadeza y firmeza hacia la puerta—. Ve a ver si puedes ayudar a la cocinera. Lady Northwood estará bien en un santiamén.

Holly hizo lo que le dijeron, incluso cuando su corazón latía con fuerza por el miedo. Se detuvo en la puerta y miró a su madre, quien la miró a los ojos y le sonrió tranquilizadamente.

—Todo estará bien, querida —le aseguró a Holly—. Esta será nuestra Navidad más maravillosa hasta ahora.

CAPÍTULO UNO

Lady Holly Sallins contempló los jardines cubiertos de escarcha de Northwood Manor. Los terrenos familiares lucían más hermosos en invierno, pero aún eran muy parecidos. Le desconcertaba que el vizconde insistiera en recibir gente en su casa, especialmente en esta época del año. Y esto solo podía ser por la interferencia de la abuela de Holly. Al respecto, en opinión de Holly, la vizcondesa viuda tenía demasiado que decir sobre Holly y su vida. Y su padre, que no estaba familiarizado con las necesidades de una jovencita ni se interesaba por ellas, se apresuró a ceder ante su madre.

No obstante, la abuela había decidido que era hora que Holly se casara. Y en vez de esperar hasta la temporada del próximo año y la feria nupcial, quería que las cosas se aceleraran.

“—Cumplirás veintiún años, querida —le dijo la abuela—. ¿Qué mejor manera de celebrarlo que con un baile? Y si por casualidad conoces a un caballero que esté a la altura, mucho mejor.”

Holly estaba horrorizada. La Navidad no era solo la época del cumpleaños de Holly, también era el aniversario de la muerte de su madre. Y lo último que ella quería era una fiesta. Por lo tanto, la diversión y la frivolidad no tenían cabida, en esta casa, durante esta época del año.

En los últimos días había estado llegando gente, y dado que Lord Northwood no era precisamente conocido por su amabilidad, Holly y la abuela habían sido las encargadas de darles la bienvenida. Y como realmente Holly no los quería allí, ni tampoco deseaba darles la bienvenida, todo el asunto era sumamente complicado.

Un movimiento llamó su atención, distrayéndola de su irritación, y vio como un grupo de hombres comenzaba a caminar por el césped. Por las armas que portaban, imaginó que iban a cazar y que su padre estaría entre ellos. Y por supuesto, esta era una de las pocas actividades sociales en las que él participaba.

¡Ah, sí! Allí estaba él. Su padre, que seguía siendo corpulento y de espaldas rectas, quien podría verse veinte años más joven, si no fuera por el cabello plateado, oculto ahora por el sombrero. Pero ella reconoció su paso.

Holly se inclinó hacia adelante. A un lado de su padre, estaba Lord Stockton. De repente, el estómago de Holly se revolvió, mientras observaba al joven conde.

Se habían conocido brevemente, cuando Holly estuvo en Londres para su presentación en la sociedad hacía tres años. No recordaba mucho de él. Solo que había sido sorprendentemente guapo. Al menos para ella. Y además era alto. Mucho más que cualquier otro caballero que conocía.

Él era unos ocho años mayor que ella y estaba comprometido con la hija de un amigo lejano de la abuela.

Su residencia en Escocia estaba a una distancia considerable de Northwood, y ella no lo había visto en la ciudad durante las últimas dos temporadas. De hecho, ahora que lo pensaba, ella no había vuelto a ver al conde desde aquella primera presentación, y aún no se había reencontrado con él. Incluso el conde llegó tarde a Northwood Manor, después de la hora de la cena, y fue directamente a sus habitaciones.

Mientras ella lo observaba caminar, a grandes zancadas, por el césped, cubierto de escarcha, recordó lo poco que sabía de él. Si no recordaba mal, el compromiso no había acabado en matrimonio, lo que resultó realmente chocante. Según la abuela, se había producido un escándalo en torno a la mujer. Un tremendo revés, según todos los rumores, del que se venía hablando alegremente entre la alta sociedad desde hacía mucho tiempo.

A Holly le pareció muy extraño que el conde estuviera aquí ahora, dada la distancia desde su residencia en Escocia, y el estado de las carreteras en esta época del año. De todos modos, esto no era importante. Ella estaba segura que la abuela tenía sus razones para invitarlo, al igual que Lord Stockton debía tener las suyas para aceptar esta invitación.

Otro movimiento llamó la atención de Holly, alejándola de Lord Stockton, en quien se había concentrado mucho más de lo que debería. Un carruaje se acercaba por el camino de grava. Uno que ella no reconoció. Hasta donde Holly sabía, ellos no esperaban más invitados...

Holly miró el reloj de bronce que estaba sobre la repisa. Ella sabía que a esta hora la abuela seguía durmiendo. Eso significaba que ella tendría que ser quien saludara al misterioso invitado. Dando un suspiro de frustración, corrió hacia la puerta de su dormitorio.

Sus habitaciones eran su santuario. Un lugar al que podía ir, estar triste, recordar a su madre, y no tener que mostrarse valiente o feliz, ante los invitados, que no había deseado atender. Aunque su madre le había inculcado a Holly, buenos modales y cortesía, y la necesidad de ser amable, siempre.

Y así, bajó las escaleras, sacudiendo sus faldas color champán, acariciando sus rizos rojizos y dorados para asegurarse que lucía medio presentable, y entró al salón para esperar al invitado.

Era inusualmente temprano para que alguien llegara, pero aún así Holly estaba decidida a ser una buena anfitriona. Ella se sentó en el diván y esperó a que el mayordomo anunciara quién vendría.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió, no estaba Carstairs con su bandeja de plata, sosteniendo una tarjeta de presentación, sino una anciana, a quien Holly nunca había visto antes. Holly se puso de pie de un salto y buscó al mayordomo, detrás de la mujer, pero no lo vio por ningún lado. Al mirar a la dama, que no parecía en absoluto perturbada por la falta de sirvientes, Holly no sabía qué decir.

La mujer era menuda, ataviada con un vestido oscuro y un sombrero negro, los cuales evidentemente habían visto días mejores.

Su cabello brotaba de debajo de su sombrero en salvajes y sorprendentes rizos blancos, y sus asombrosos ojos verdes miraban especulativamente a Holly. Ella asintió, como si estuviera contenta con lo que vio, y luego tomó asiento sin que la invitaran.

Holly no pudo evitar quedarse boquiabierta.

“¿Quién diablos es ella? ¿Y cómo consiguió burlar al mayordomo?”

—Siéntate, querida.

La dama habló como si Holly fuera quien había aparecido sin previo aviso, y su sorpresa fue tan grande, que hizo lo que le ordenó.

—Sí, lo harás muy bien. —Ella sonrió y sus ojos verdes brillaron.

—¿Le ruego que me disculpe?

—Eso no importa.

Hubo un silencio tenso, mientras Holly intentaba asimilar este giro extraño de los acontecimientos con una anciana aún más misteriosa.

—Ah... —Ella se detuvo.

“¿Qué diablos puedo decirle, ante semejante falta de convencionalismo? ¿Y dónde está Carstairs para decirme quién es esta anciana?”

—Disculpeme —dijo finalmente—. Soy Lady Holly Sallins, la hija de Lord Northwood. Me temo que no la esperaba, ¿señorita?

—Llámame Ángela —la instruyó la anciana con cierta brusquedad.

Eso fue todo. “¿Solo Ángela?”

—Oh, pero...

—He viajado mucho, Lady Holly. ¿Podrías traerme un poco de té?

Holly se puso de pie de un salto, sintiéndose terrible que una invitada, más bien una “no invitada”, tuviera que pedirle sus propios refrigerios.

—Por supuesto —replicó ella, tocando el timbre de inmediato—. Y... eh... ¿te quedas?

No tenía idea de cómo hacer una pregunta tan delicada.

—Sí, claro —respondió Ángela—. Creo que sí.

“La abuela debe haberla invitado,” pensó Holly.

—¡Y, ah! ... ¿Cuánto tiempo más disfrutaremos de tu compañía? —preguntó Holly, observando atentamente con sus ojos castaños, en busca de señales, que confirmaran si sus preguntas eran ofensivas.

No obstante, Ángela se rió de esto.

—Bien hecho, Holly —expresó, dejando de lado el título descaradamente—. Eso fue muy educado, considerando cómo acabaré contigo.

La puerta se abrió y entró una criada, trayendo una bandeja con cosas para tomar té.

Holly agradeció a la joven sirvienta, y luego comenzó a servir el té, en tazas de porcelana, y a ofrecer galletas de jengibre azucaradas, ignorando esa habitual punzada de tristeza, que la acompañaba junto con las delicias navideñas.

—En cuanto a cuánto tiempo me quedaré —aclaró Ángela, devorando el pan de jengibre con deleite—. Me quedaré exactamente el tiempo que sea necesario y no más que eso.

Holly solo pudo sonreír débilmente y preguntarse qué diablos estaba pasando y quién era

esta extraña dama.

CAPÍTULO DOS

Evan Belmont sostuvo su rifle en alto, esperando capturar cualquier presa que pudiera encontrar, en una mañana tan fría. El problema de una cacería tranquila, como esta, era que tenía mucho tiempo para pensar, o más bien preocuparse... Más bien, él estaba angustiado por sus inquilinos, su futuro y el condado.

Ciertamente, ser conde de Stockton tenía sus ventajas y sus desventajas. Los beneficios eran obvios: riqueza, prosperidad, entrada a la sociedad educada, en caso que algún día le interesara, y un asiento en la Cámara de los Lores para poder hacer lo mejor que pudiera por los que no tenían voz, en su país. Sin embargo, los inconvenientes eran mucho más complicados.

¿Comprometerse con una mujer que evidentemente no lo amaba, y todo esto para promover el nombre Stockton? Esto sí había sido un percance. Escucharla decirle que no se quedaría con él, y verla huir de la vida que él le había ofrecido... Esto había sido un gran inconveniente, sin duda.

Por su parte, Evan se había mantenido relativamente impasible, ante la pérdida de su futura esposa. Pero él estaba triste porque ella había perdido la vida que debió haber tenido, y realmente, no se encontraba afligido porque lo hubiera abandonado. No obstante, él estaba más humillado que desconsolado.

Celia no era feliz con él y nunca ocultó ese hecho. Y por más que el conde lo intentó, jamás pudo hacer feliz a la dama. Además, analizando el beneficio de la retrospectiva, él puso gran parte de la culpa de su infelicidad sobre sus propios hombros. Aunque la trató con amabilidad y respeto, no le pudo decir que la amaba. Y tal vez, Celia percibió esto.

Ambos habían podido fingir que estaban muy contentos, durante un tiempo, participando en el cortejo, que les habían impuesto. Pero tan pronto como anunciaron el compromiso, que había sido el deseo más anhelado de ambas familias, ella se cerró a él tanto física como emocionalmente.

A Evan no le había molestado esto tanto como debería. En cualquier caso, nunca se acostaría con una mujer, que no estuviera interesada en él. Y Celia había hecho un trabajo maravilloso, al convencerlo que era demasiado recatada para anticipar sus votos.

Lo único que realmente le hizo hecho daño fue cuando ella le informó del bebé, que llevaba adentro, justo el día que decidió romper con él. Obviamente, ese fue un bebé que Evan no puso en su vientre. En ese entonces, ella confesó que se había estado acostando con un criado. ¡Uno de los malditos sirvientes de Lord Stockton!

Durante la noche de la confesión de Celia, Evan no sabía qué hacer.

Ella había llegado tarde, a la puerta del estudio, con esa melena rubia, cayendo desordenadamente por su espalda, mientras que esos brillantes ojos azules reflejaban una mezcla de miedo y desafío. Igualmente, Celia le dijo, sin rodeos y con brutalidad, que había estado engañándolo con el lacayo, que quedó embarazada y se iba con su jardinero, dejando que Evan

asumiera las consecuencias.

Evan se quedó desorientado. También estaba desgarrado. Era consciente de su deber para con su título, anticipando del escándalo que vendría, si alguno de los dos se echaba para atrás.

A él no le importaba mucho ese nido de víboras, que era la alta sociedad, pero a su madre sí. Y sus hermanas podrían sufrir las consecuencias de cualquier escándalo relacionado con Stockton. ¡Sí! Él era muy consciente del daño potencial que esto podría causar a las perspectivas de sus hermanas, cuando se conociera la noticia. Y en ese entonces, él se abalanzó y le rogó a Celia, que no hiciera nada precipitado. Le rogó que le diera un tiempo para poner sus pensamientos en orden.

Por eso, cuando a la mañana siguiente encontró su carta (la misiva en la que decía que había considerado su pedido de quedarse, pero que lo rechazaba), se sintió avergonzado por el alivio que sintió. Porque este era un consuelo egoísta.

Por una parte, él se sintió aliviado de no tener que casarse con una muchacha irresponsable y criar a un hijo bastardo, como si fuera suyo, incluso si eso significaba que su familia sufriera. Y por la otra, él también estaba enojado. La huida de Celia significaba que él estaba atrapado. Tendría que soportar los chismes... Calmar las aguas... Y sufrir las miradas sensacionalistas y las peores (las compasivas) de la alta sociedad.

Por un momento terrible, había considerado ir tras ella y pedirle que regresara... Si ella lo hacía, él haría la vista gorda... Pensó que ella podría hacer lo que quisiera con quien quisiera, mientras él hiciera lo mismo. Afortunadamente, su orgullo lo detuvo.

Pero había pasado un par de semanas tortuosas, dudando entre localizarla y dejarla ir. Al final, decidió desentenderse de todo el asunto.

La decisión había traído una sensación de finalización, pero también de pánico inesperado, ya que sin Celia, él era libre y estaba obligado a empezar de nuevo todo ese ridículo proceso: encontrar una novia y llenar una habitación con niños. Sin embargo, él no tenía ningún deseo de volver a pasar por semejante prueba.

Una conmoción repentina, en el arbusto de aulagas, seguida de un batir de alas, llamó la atención de Evan, quien acabó rápidamente con el pájaro, que apareció volando a la vista.

Probablemente, venir aquí fue un error. Pero cuando él recibió la invitación del vizconde Northwood para acompañar a su familia, en una fiesta en su casa, que culminaría con un baile para celebrar el vigésimo primer cumpleaños de su hija, Evan pensó que la distracción podría hacerle algún bien.

Aunque habían pasado dos años desde la desaparición de Celia, dado que esto había ocurrido en Navidad, esta época del año era difícil para él. Y su remoto castillo escocés, aunque hermoso, estaba aislado, y en el mismo no se celebraban la mayoría de las festividades.

Lord Northwood fue una de las muchas personas, que recomendaron a Evan que se casara y tuviera hijos. Los caballeros se escribían con frecuencia sobre cuestiones del Parlamento y, con el tiempo, sus cartas se habían vuelto más amistosas. Él solo tenía a su hija, le había explicado el vizconde, y ningún heredero, a quien pudiera transmitir el título, salvo un primo lejano.

Así que, cuando llegó la invitación, Evan se mostró cauteloso, pensando que tal vez el

vizconde le había metido en la cabeza una relación entre Evan y esa chica. No obstante, el hombre hablaba poco de su hija y parecía desinteresado en todo lo que tuviera que ver con ella. Y en todo caso, parecía que la madre del vizconde, la vizcondesa viuda, había sido la fuerza impulsora detrás de esta reunión en particular.

Evan pensó en Lady Holly, tratando de recordar ese breve encuentro, durante la primera temporada de ella.

“¿Qué? ¿Cuándo? Hace tres años. Un año antes que Celia se fuera.”

No podía recordar mucho sobre la chica de Northwood. Ella era bonita, en los primeros momentos de su feminidad. Recordaba que tenía un pelo sorprendente. Era de un rojo intenso con toques dorados y de lo más inusual... Pero él no sabía nada de ella.

En ese momento, él estaba envuelto en la miseria de un inminente matrimonio no deseado, en salvar y guardar las apariencias. Incluso no había tenido espacio en su mente para pensar en nadie más, mucho menos en la hija de un conocido.

La verdad es que todavía no lo había hecho. Por supuesto que sería cortés con la chica. No tenía motivos para no serlo. Pero si esa invitación tenía algún tipo de motivo oculto, como él sospechaba, todos tendrían que buscar en otra parte.

En ese instante, Lord Northwood anunció que los caballeros debían regresar a la mansión, distrayendo a Evan de sus pensamientos.

Los caballeros almorzarían solos, hoy, mientras las damas visitaban la iglesia local, construida sobre las ruinas de una estructura normanda y de gran importancia histórica. Luego, los caballeros y las damas cenarían afuera con el vicario y su esposa, siendo esta la primera cena oficial.

A su alrededor, mientras caminaban de regreso a la mansión, Evan escuchó a los caballeros discutir sobre las damas presentes. Dejó que algo lo invadiera, sin participar. No tenía ningún interés en casarse pronto, aunque era claramente consciente de su deber y no toleraría una aventura con una dama de calidad. Más aún, como le pusieron los cuernos, ciertamente, no se involucraría en nada ilícito con una mujer casada.

Aunque sabía muy bien que era prácticamente común que los miembros de la alta sociedad tuvieran aventuras amorosas entre ellos, y de hecho en su juventud había disfrutado de la inclinación de muchas damas casadas por los muchachos jóvenes, terminando como una víctima humillada, por lo que esta era una práctica en la que Evan nunca volvería a participar.

La mayoría de los nobles presentes eran lo suficientemente “locales”, como para regresar fácilmente a sus hogares, en la víspera de Navidad, después del baile, o temprano en la mañana de Navidad, pero Evan se quedaría hasta después de la Duodécima Noche. A él le tomaría semanas enteras regresar a su casa, y además, allá no había grandes celebraciones familiares, a las que acudir.

Su madre vivía en Bath, durante los meses de invierno, mientras que sus hermanas se casaron y se establecieron felizmente en el país.

El tiempo y la distancia habían contribuido, en gran medida, a que el nombre Belmont escapara ileso del escándalo de Evan, y finalmente se lograron matrimonios para sus tres hermanas menores.

Aunque esto había sido el centro de atención de la ciudad durante un buen tiempo, después que se supo la noticia, vivir en un pueblo escocés aislado y de poca importancia ayudó a la gente de la alta sociedad a olvidar todo el asunto, y dedicarse a arruinar a algún otro pobre desgraciado. Y a pesar que las hermanas de Evan lo habían invitado a unirse a sus respectivas familias para pasar la Navidad, él sabía que no debía dejarse vencer por esos posibles emparejamientos, así que se mantuvo alejado.

Generalmente, él estaba solo. Sin embargo, este año le tocó ir a Northwood. Pero aún así estaba decidido a dejar la temporada como soltero.

Él no estaba allí para cambiar de aires ni para escapar de los malos recuerdos, que siempre venían en esta época del año. Tampoco tenía interés en desarrollar una relación con alguna dama, conocida y deseada por los caballeros, mientras caminaban por los jardines de Lord Northwood hacia la casa. No tenía ningún interés en las mujeres, ¡punto final!

Él vino aquí libre y soltero. Y se iría de la misma manera.

CAPÍTULO TRES

—Abuela, has debido avisarme de la llegada de... ¡eh! Ángela. No estaba preparada para recibir a otra invitada. —Holly sostuvo su taza en su boca, mientras le susurraba ferozmente a su abuela.

Las damas habían regresado de una agradable estancia en el pueblo, y ahora estaban disfrutando del té de la tarde, antes de retirarse a descansar y luego prepararse para la cena. Pero Ángela no fue con ellas al pueblo.

Después de hacer preparativos apresurados para tener el dormitorio amarillo listo para la dama, Holly había enviado a un sirviente para invitarla a esa peregrinación. No obstante, Ángela envió sus disculpas, diciendo que tuvo un largo viaje. Pero, ¿de dónde? Todavía esto era un misterio.

Lady Northwood miró a su nieta con el ceño fruncido.

—¿De quién hablas, querida? —preguntó ella.

—Ángela —repitió Holly—. Mmm... Lady Ángela, tal vez. Creo que... Tal vez.

En realidad, Holly no tenía idea si la mujer tenía título o no, aunque ella se comportaba con cierto aire de soberbia. Ahora su abuela la miraba, como si le hubiera salido otra cabeza, aunque Holly no podía culparla del todo. Era más que un poco extraño no saber el nombre de la invitada. Pero seguramente la abuela conocía a la señora.

—Tu amiga Ángela llegó temprano esta mañana, mientras estabas en la cama. La saludé y le conseguí una habitación, por supuesto. Pero fue una sorpresa. Nunca mencionaste a otro huésped.

—Querida, no tengo ni idea de quién hablas. No he invitado a nadie más y, desde luego, no conozco a ninguna Lady Ángela.

Holly miró boquiabierta a su abuela.

—Pero... Pero...

Ella no tenía idea qué decir ni qué diablos estaba pasando.

—Querida. —Lady Northwood agarró la mano de Holly y sacudió su taza de té de manera alarmante—. ¿Tenemos a una timadora entre nosotras?

Holly reflexionó sobre la extraña anciana. Era franca, directa, pero también enigmática. Pensó en ese vestido pasado de moda, en esos rizos blancos y fibrosos, y en los sorprendentes ojos verdes.

Aunque como era un poco curiosa, Lady Ángela inspiraba confianza. A pesar que desconcertó a Holly, también desprendió un aura de tranquilidad y amabilidad. Ciertamente, pese a que ellas solo hablaron durante veinte minutos, Holly estaba inclinada a confiar implícitamente en la dama.

—No, no lo creo, abuela. Al menos, no creo que tenga intención de hacerle daño a nadie.

—Pero, ¿qué debemos hacer? —preguntó Lady Northwood.

—No estoy segura —respondió Holly con sinceridad—. Tal vez cuando hablemos con ella, durante la cena, sus intenciones serán más claras.

Holly examinó con ojo crítico su vestido para la noche. Para la abuela era importante que ella luciera lo mejor posible, pero esto no era relevante para Holly.

Ella sabía muy bien que su abuela estaba ansiosa por verla casada. El problema era que Holly se daba cuenta que no había nada que pudiera distraerla de su tristeza, en esta época del año. Y, más que eso, no estaba segura de querer casarse en absoluto... Más bien, casarse con algún noble significaría que abandonaría Northwood, posiblemente para irse a algún lugar lejano. Y si ella se iba de Northwood, ¿quién le haría compañía a la abuela? ¿Quién se ocuparía de los inquilinos y los sirvientes? Además, a su padre le interesaban menos las personas, que dependían de él, que a su propia hija, lo cual decía mucho de su persona.

Aún así, independientemente de la motivación de la abuela, ella había trabajado duro para organizar esta fiesta, y Holly haría todo lo posible para enorgullecer a la vizcondesa viuda.

Su vestido de satén de color dorado era de corte sencillo, con escote de corazón y mangas cortas, aunque el material estaba incrustado con un intrincado diseño floral. El traje estaba combinado con zapatillas y guantes de marfil, haciendo juego con el color de Holly, y era un complemento perfecto para su cabello rojizo y dorado.

Sin embargo, cuando Holly salió por primera vez, odiaba su cabello. A su alrededor había visto rosas inglesas perfectamente doradas o morenas de aspecto exótico. Se sentía como si se destacara de la peor manera posible con sus mechones de cabello llameante.

Aunque ahora había aprendido a vivir con ello. Ciertamente, su cabello llamó la atención de más de un dandi, durante sus temporadas. La abuela estaba emocionada, y el padre no se había dado cuenta. Pero cuando Holly rechazó la propuesta de todos ellos, el vizconde sí le prestó atención a ella, ya que le molestó mucho que el dinero que gastó hubiera sido en vano.

Y cuando la abuela le preguntó a Holly sobre su total falta de interés en cualquiera de sus pretendientes, Holly no pudo dar una respuesta concreta. Simplemente, no conoció a nadie, que la atrajera. Bueno... excepto Lord Stockton.

A pesar que ella se había sentido avergonzada porque él era un hombre comprometido, no pudo evitar notar lo alto y ancho que era el joven conde, cómo su cabello dorado brillaba, a la luz de las velas, y cómo sus ojos marrones, más claros que los de ella, estaban salpicados de un dorado, que los combinaba. Y a su lado, su prometida era igualmente dorada y hermosa. Nunca supo qué había pasado exactamente con Lady Celia. Solo que había desaparecido de la alta sociedad y que, al final, el matrimonio entre ellos, no se llevó a cabo.

Holly conocía el terrible y desgarrador dolor de la pérdida de un ser querido. Y, si la memoria no le fallaba, la prometida de Lord Stockton también había desaparecido, en esa época del año. Más aún, Holly extrañaba terriblemente a su madre, incluso después de todos estos años.

Entonces, ella solo podía imaginar cuánto debía extrañar Lord Stockton a su prometida. No es que la dama hubiera muerto, por supuesto, pero aún así, el dolor de no tener a alguien, a quien amar, en la vida, era muy intenso.

El reloj en su repisa dio la hora. Holly se dio cuenta que había llegado tarde con sus cavilaciones. Alisando la banda de perlas, que adornaba su cabello, dio la vuelta y salió apresuradamente del dormitorio. Pese a que no quería participar en esta fiesta, no podía avergonzar a la abuela, y debía seguir demostrando que era la anfitriona perfecta.

—Joven, ¿sueles permanecer tan alejado de las conversaciones que te rodean?

Evan miró a su alrededor y luego a la pequeña dama que le hablaba.

No los habían presentado y él no tenía idea de quién era ella. De hecho, ni siquiera la vio entrar. Parecía como si ella simplemente hubiera aparecido de la nada, justo a su lado.

—Yo... eh... —Él no sabía qué decir.

Mientras él permanecía allí, debatiendo consigo mismo, la dama le echó una mirada sorprendentemente verde, de la cabeza a los pies. Por su expresión, él no estaba seguro, si ella lo encontraba deficiente o no.

—Perdóneme —dijo, lo cual era un poco tonto porque él no había hecho nada, pero en realidad no sabía qué más decir—. Evan Belmont, conde de Stockton, a sus órdenes, dama. —Se inclinó todo el tiempo, maravillándose ante esta extraña criaturita.

—Ángela —respondió ella con brusquedad. Sin título, sin explicación y sin reverencia—. Ahora dime, ¿por qué no hablas con nadie?

Evan sintió que se le caía la mandíbula.

“¿Quién diablos es esta mujer?” Así lo pensó.

—Yo, bueno, yo...

—¿No encontraste a nadie con quien valiera la pena hablar? —preguntó ella, escandalosamente—. No puedo decir que te culpo... No hay más que dandis desesperados y señoritas insípidas... No hay ningún personaje entre ellos.

Él suspiró y sacudió la cabeza, como si a la gente de allí le faltara carácter, lo cual era una afrenta personal hacia ella.

—Si tan solo hubiera una jovencita, que mereciera tu atención, ¿eh?

Evan estaba a punto de responder, aunque no tenía idea qué decir, cuando un movimiento, en la puerta, llamó su atención. De repente, se le secó la boca y su corazón empezó a acelerarse.

—¡Cielos!

Él ni siquiera sabía que había hablado en voz alta hasta que Ángela se rió a su lado.

—En efecto —expresó ella—. No suelen tener ese aspecto... Me hace la vida mucho más fácil.

Evan apartó la mirada de la llegada de Lady Holly lo suficiente para mirar desconcertado a la pequeña dama de cabello blanco.

—¿Tu vida...? —preguntó él.

Ella parpadeó rápidamente, y lo miró antes de darle un empujón de repente.

—¡Fuera, fuera! —dijo como una loca—. ¿Por qué estás perdiendo el tiempo con alguien de mi edad, cuando podrías estar conociendo mejor a la encantadora Lady Holly?

Evan no solía dejarse llevar a ningún lado por personas que claramente pertenecían a Bedlam. Pero esta vez lo permitió. Se dijo a sí mismo que era porque quería alejarse de la vieja loca. No obstante, cuando recorrió con la mirada a la dama de la puerta, su cabello vibrante, sus ojos de color marrón oscuro, sus labios carnosos y su cuello delgado, supo que se estaba mintiendo a sí mismo.

Evan se dejó cautivar con Lady Holly porque de repente, y de manera un tanto inexplicable, estaba desesperado por conocerla. Había recorrido la mitad del salón, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

¡No podía simplemente acercarse a la chica!

Se conocieron brevemente hacía tres años y, ciertamente, ahora parecía que había pasado una vida. Porque en esos tres años, Lady Holly pasó de ser una bella joven, en los primeros momentos de su feminidad, a ser una sirena, cuya belleza lo dejaba sin palabras. Aunque su cabello estaba tan glorioso, como siempre, el resto de ella definitivamente también era así.

Y por mucho que le intrigara no solo su belleza, sino también la mirada algo aburrida que ella dirigía hacia el salón, todavía no podía simplemente acercarse y comenzar a hablar con ella. No importaba lo que esta Ángela pudiera pensar.

Él se quedó como un tonto, en medio del salón, antes de oír murmullos y voces de desaprobación, incluso uno o dos insultos, detrás de él. En el siguiente instante, Ángela pasó a su lado y se dirigió directamente hacia Lady Holly.

Observó cómo Ángela empezaba a hablar con la bella pelirroja. Vio cómo sus ojos, oscuros como el chocolate, se abrían de par en par por la sorpresa, ante la repentina aparición de la anciana. Parecía sorprendida, pero, al ser de una crianza impecable, se recuperó rápidamente y respondió lo que fuera que Ángela le estuviera diciendo.

Mientras Evan observaba, Ángela dirigió su mirada hacia él, y sus ojos verdes parecieron hundirse en su persona. Ella lo miró con el ceño fruncido, como si de alguna manera la hubiera disgustado, puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza para indicarle que debía acercarse a la otra dama.

La mente de Evan, que normalmente no era tan lenta, finalmente comprendió lo que sucedía. Ángela le estaba dando una razón para hablar con Lady Holly. Pero Evan no quería un motivo para hablar con esta mujer.

¿No había estado pensando antes en que no le interesaba tener una aventura amorosa? Especialmente con una joven soltera de alta sociedad.

Ángela volvió a sacudir la cabeza y esta vez, llamó la atención de Lady Holly, quien miró en dirección a Evan, y todo su cuerpo se congeló, cuando su mirada profunda y oscura se

encontró con la suya.

A pesar de lo que se había estado diciendo a sí mismo, de todas sus intenciones y que no quería dejar que esa vieja loca dictara sus acciones, Evan se encontró acortando la distancia entre Lady Holly y él.

CAPÍTULO CUATRO

El corazón de Holly se agitó salvajemente, mientras observaba a Lord Stockton, rondando por el salón hacia donde ella estaba con Ángela.

No había tenido oportunidad de saludar a todos sus invitados ni de encontrar a la abuela para presentarle a su visitante sorpresa, antes que la dama de cabello blanco estuviera frente a ella.

—Ah, ahí viene mi amigo Lord Stockton —dijo Ángela, como si Holly no hubiera visto a la mujer prácticamente exigiéndole a él, que se acercara a ellas. Como si no se hubiera dado cuenta que él la estaba obedeciendo.

“Mi amigo. ¡Ángela lo dijo! ¿Así es como ella llegó aquí? ¿El conde escocés la convocó para que fuera su invitada? Esto es poco ortodoxo y muy grosero, pero al menos explica la llegada inesperada de la misteriosa dama.”

De repente, Holly se distrajo con el aroma a sándalo y dirigió su atención a Lord Stockton, que se había detenido frente a ambas. Su corazón, que apenas se había calmado, cuando captó su mirada por primera vez, latió aún más erráticamente, al observar su apariencia.

Habían pasado años desde que lo había visto, y esos años fueron muy buenos para él, o Holly no le había prestado suficiente atención, en aquel entonces. Pero ahora él era aún más guapo de lo que recordaba. Su cabello lucía de un dorado más oscuro, a la luz de las velas de esa noche, y estaba prolijamente recortado con un mechón rebelde, que le caía sobre la frente. Mientras que sus ojos, de un color claro, casi caramelo, estaban rodeados de pestañas espesas y oscuras, que muchas damas envidiarían.

—Holly, ¿conoces a Evan?

La mirada de Holly, que estaba fija en los anchos hombros y la mandíbula cincelada del apuesto conde, regresó a Ángela.

“¡Ay, Evan! ¡Cielos! Esta dama no tiene ningún sentido del decoro.”

—Ah... —dudó Holly, sin saber qué decir.

Si bien era cierto que se habían conocido hace años, y ciertamente ella nunca lo había escuchado a él llamarla por su nombre de pila, mostrando su respeto y educación.

—Lord Stockton, a su servicio, milady.

Al mismo tiempo, Holly se sintió aliviada e impresionada que Lord Stockton hubiera acudido a rescatarla. Él tomó su mano y se inclinó sobre ella, mientras que su cabello brillaba con las llamas de las velas sobre sus cabezas.

—Nos conocimos durante tu presentación en la sociedad.

Holly ignoró el tonto temblor en su estómago, al sentir el calor de la mano de Lord Stockton, agarrando la suya, incluso a través de sus guantes de satén.

—Me impresiona que lo recuerdes, milord. —Ella sonrió, esperando no sonrojarse. Su piel clara significaba que se sonrojaba incesantemente, y eso la hacía parecer joven y poco sofisticada, para su propio disgusto.

—No puedo imaginar que alguien no te recuerde, Lady Holly —murmuró él.

Y allí cedieron sus malditas mejillas. Holly resistió el impulso de abanicarse, mientras sentía el calor filtrarse en su piel. Pero esto no significaba nada. Era un comentario general, insignificante y caballeroso. Este era uno de los innumerables, que seguramente él le decía a cualquier dama, que lo acompañara. Holly estaba segura de esto.

¿Por qué entonces su corazón tartamudeaba de una manera tan ridícula?

Pensó en algo inocente que decir para distraerse y dar la impresión que sus palabras no tenían ningún efecto sobre ella.

—Entonces, ¿Lady Ángela y tú son amigos? —Miró a la anciana poco ortodoxa y vio que los estaba observando a ambos, atentamente, con sus ojos verdes perspicaces.

—Nosotros... ah...

—Somos nuevos amigos —interrumpió Ángela de repente—. Pero basta de hablar de todo eso. Lord Stockton quiere explorar los terrenos de tu padre, mañana, Lady Holly. Y, obviamente, él no puede hacerlo solo. Te gusta montar a caballo, ¿no es así?

No había esperanza. Holly sintió que se le quemaban las mejillas, y solo podía imaginar el color que tendrían.

Ella sabía que manipular a jóvenes solteras para que contrajeran matrimonio y se casaran era un deporte favorito de las matronas de la alta sociedad, pero nunca había visto que lo hicieran de una forma tan burda y obvia.

Holly deseaba desesperadamente que el suelo se la tragara por completo. Por supuesto, esto no sucedió.

Y ahora ella estaba parada allí, torpemente muda, y preguntándose qué exactamente debería decir o hacer.

—Sí, claro que sí —confirmó finalmente porque no tenía nada que decir.

—Bueno, no lo habría hecho sin ti...

Holly levantó la mirada hacia Lord Stockton. Las palabras que había estado a punto de pronunciar parecieron estancarse en su garganta.

Él la miró fijamente, inmóvil, sin parpadear, antes que finalmente el fantasma de una sonrisa apareciera en sus labios.

—Sería un honor para mí, si puedes acompañarme mañana, milady.

Y ella estaría encantada de ir con él. Holly lo supo por el modo en que su corazón latía con fuerza. Pero, precisamente, esta era la razón por la que no debía acompañarlo. Se suponía que debería ayudar a la abuela con sus invitados, y pensar en su madre, en esta época del año, lamentando su pérdida, en vez de estar deambulando por los jardines con un apuesto conde.

Holly abrió la boca para ofrecer un rechazo cortés, pero firme, solo para ser interrumpida por una Ángela, extrañamente decidida:

—A ella le encantaría, Lord Stockton. Y se le agradece su amable oferta.

Holly no pudo evitar mirar con asombro a la audaz mujer. Pero antes que ella o Lord Stockton pudieran reaccionar a esta descarada manipulación, sonó la campana para la cena.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Ángela, antes de estirar la mano y agarrar el brazo de Lord Stockton—. Tengo un hambre terrible.

Evan observó cómo un mozo de cuadra conducía a su ejemplar hacia la fresca luz del sol de la mañana.

Había estado despierto desde antes del amanecer de esa mañana, cuando el cielo todavía estaba negro, y el mundo aún estaba cubierto de escarcha y silencio.

Generalmente, este era su momento favorito del día, uno en el que disfrutaba de la paz. Pero, lamentablemente, esa mañana no había sido así, porque no podía dejar de pensar en Lady Holly, y en el día, que estaba a punto de pasar con ella.

Anoche, él sabía que la irascible Ángela lo había acorralado por completo. Y como no tuvo intenciones de dejarse llevar a un combate, había estado dispuesto a librarse del incómodo encuentro, sin ningún tipo de compromiso, incluyendo el viaje de hoy.

Entonces, él cometió el error fatal de mirar a Lady Holly desde arriba. Y ella lo pilló. Lo descubrió a la luz de las velas, que bailaba sobre sus rizos rojizos y dorados, la profundidad chocolate de sus ojos, y el rubor que le favorecía las mejillas.

Y sin pensar en las posibles consecuencias, él se encontró pidiéndole a la dama que lo acompañara. Por lo general, él sabía que un paseo matutino no significaría nada. Sin embargo, la emoción que sintió cuando miró a Lady Holly, a los ojos, demostró el potencial muy real de algo significativo.

Claramente, la entrometida Lady Ángela sentía lo mismo. A pesar de sus dudas, él quería que Holly aceptara su oferta.

La sacudida de felicidad que sintió, ante su aceptación, lo había preocupado lo suficiente como para mantenerlo despierto la mitad de la noche, pero no lo suficiente como para retractarse de la invitación.

Por eso él llegó tan temprano. Había estado demasiado inquieto para quedarse en la cama, así que evadió el desayuno, y se apresuró a ir a los establos temprano con la esperanza que los caballos le hicieran olvidar su próxima cita con Lady Holly.

Desde niño, Evan siempre había querido estar al aire libre tanto como fuera posible. Y también amaba a los caballos desde hacía mucho tiempo.

Como señor, se tomaba muy en serio sus responsabilidades para con sus inquilinos, y siempre había estado mucho más involucrado en sus negocios de lo que era habitual entre sus pares.

Esto hizo que el tiempo que podía dedicar a otras actividades fuera aún más valioso. Aunque él no había manifestado su deseo de recorrer los terrenos, ante esa rara proposición de Ángela, él sabía que lo disfrutaría.

—Es una belleza, milord. Es muy fuerte. —El mozo de cuadra se detuvo ante Evan con Tempest, ya ensillado, y como de costumbre, ansioso por partir.

“Posiblemente, debería tomar prestada una de las monturas más tranquilas de Northwood,” reflexionó Evan, mientras agradecía al muchacho y pasaba una mano tranquilizadora por el flanco de Tempest.

Normalmente, habría disfrutado de un paseo con Tempest, en una mañana tan fría y helada. Pero esto no era así, cuando se va acompañado de una dama. Él no tenía idea si Lady Holly tenía un buen asiento y, aunque así fuera, dudaba mucho que fuera una amazona lo suficientemente buena para seguirle el ritmo a Tempest.

Estaba a punto de gritarle al muchacho que cambiara de montura, cuando el sonido de la grava crujiendo llamó su atención.

Al dar la vuelta, Evan vio a Lady Holly caminando hacia él, conversando muy atentamente con un sirviente.

Ella aún no lo había visto, y él, sin vergüenza alguna, aprovechó la oportunidad para analizarla, mientras ella avanzaba.

Su traje de montar era de un color burdeos intenso, la chaqueta de terciopelo le abrazaba la cintura y la falda a juego se arrastraba por el suelo detrás de ella. Sus rizos de color rojizo y dorado estaban parcialmente ocultos por un sombrero de montar negro, que hacía juego con los botones y los adornos de su vestido.

Evan nunca había tenido el más mínimo interés en la moda femenina, pero estaba encantado con cada detalle del atuendo de Lady Holly, desde los guantes de cuero negro hasta la pluma color burdeos que adornaba su sombrero.

Justo cuando estaba decidiendo que necesitaba controlarse, Lady Holly levantó la vista y su mirada se cruzó con la de él. Y el agarre que intentaba conseguir desapareció de nuevo, mientras observaba cómo un rubor se extendía por su piel.

Al conde, nunca antes le habían cautivado los rubores de las debutantes.

“¿Por qué entonces Lady Holly me encanta tanto?”

—Buenos días, milady —la llamó, mientras ella despedía al sirviente y se detenía vacilante frente a él—. Parece que ambos tuvimos la idea de llegar temprano.

—En efecto —respondió ella, suavemente, cuando sus ojos recorrían el patio del establo.

Evan sintió una punzada de algo parecido a la decepción, mientras la observaba moverse de un pie a otro, delante de él, sabiendo que ella había sido manipulada para hacer esto igual que él. Pero también sabía que era su culpa.

Estaba tan enamorado de su belleza, que los había metido a ambos en esto. Pero lo último que le apetecía era sacarle una conversación a una señorita insulsa, como tantas otras de la alta sociedad. Además, esto le enseñaría a pensar con la cabeza, en vez de hacerlo con otra parte de su anatomía, que era infinitamente menos sensata.

Estaba considerando seriamente inventar alguna excusa y darse por vencido, cuando su jadeo llamó su atención y levantó la vista para ver que ella estaba mirando con asombro a Tempest.

—¡Oh, es magnífico! —lo expresó sin aliento.

Evan se sintió avergonzado y un poco alarmado por la agitación que sintió en su cuerpo, al oír ese tono de voz. Y más que un poco consternado porque fuera su caballo, y no él, quien había inspirado tanta adoración.

—Es mi ejemplar, Tempest —dijo él, en voz baja—. Y le hace honor a su apodo, créeme.

Ella sonrió ante ese comentario, pero su atención estaba firmemente en la bestia y no en Evan.

Dando un paso adelante, ella hizo ruidos tranquilizadores, mientras extendía con cuidado la mano para pasarla por la cabeza de su yegua, la cual parecía diminuta, al lado del caballo negro, pero Evan se sentía extrañamente nervioso.

—Tenía pensado llevarlo a dar una vuelta rápida, volver a estabilizarlo y tomar prestada una de tus monturas, Lady Holly —dijo—. Aunque estoy dispuesto a renunciar a mi paseo con Tempest, ya que los dos estamos aquí. No es fácil seguirle el ritmo. Especialmente para una dama.

Si no la hubiera estado observando tan de cerca, Evan podría no haberse dado cuenta que sus hombros se pusieron rígidos, ante sus palabras. Aunque él no pudo haber pasado por alto el brillo de fuego, en sus ojos, cuando ella giró para mirarlo fijamente.

Había desaparecido la debutante recatada y ruborizada, que no quería mirarlo a los ojos. En su lugar se encontraba una mujer que, evidentemente, controlaba su temperamento.

—Estoy segura que lo lograré, Lord Stockton —dijo con voz entrecortada, antes de hacerle una señal a un mozo de cuadra, que estaba acechando en el fondo, y Evan ni siquiera lo había notado.

El muchacho trajo consigo una hermosa montura blanca. También era alta. No era para el poni más pequeño, como lo hubiera esperado. No obstante, para su confusión, él se dio cuenta de que la silla no era una silla de montar para dama, sino una para montar a horcajadas.

Volviéndose hacia Lady Holly, Evan tenía la intención de señalar el error y ofrecerse caballerosamente a esperar, mientras se preparaba una silla adecuada. Pero antes de poder hablar, se quedó mudo ante lo que vio delante de él.

Parecía que la silla no era un error, pues Lady Holly ya estaba montada en la bestia, y sentada a horcajadas, como si hubiera nacido en una silla de montar. De la misma manera, él se dio cuenta que su falda estaba diseñada de forma inteligente para partirse en dos y, mientras la recorría con la mirada, se le hizo un nudo en la garganta, descubriendo unos pantalones ajustados por debajo.

—¿Vamos? —Lo miró desde lo alto de su ejemplar con el ceño levantado y los ojos todavía escupiendo fuego.

Y antes que él pudiera responder o incluso moverse, ella pateó al animal para que entrara en acción y salió corriendo a través de los jardines, dejándolo atrás, junto con su sorpresa.

CAPÍTULO CINCO

Holly sabía que no era buena idea actuar así delante de un caballero, al que apenas conocía. Por supuesto que lo sabía muy bien. Y si la abuela se enterara, le cortarían la cabeza a Holly. Pero ella no había podido resistirse, no ante su arrogancia condescendiente.

"Especialmente para una dama," se había dicho a sí misma. Y el temperamento de Holly se encendió lo suficiente, como para que ella tirara la precaución por la borda.

Nadie fuera de su casa sabía de la afición de Holly por montar a horcajadas. Por supuesto, la abuela no estaba de acuerdo. Y lo único que impidió que la vizcondesa viuda se deshiciera de los caballos fue la promesa de Holly, que nunca nadie se enteraría de esto.

Sin embargo, en menos de treinta minutos, Lord Stockton había logrado que Holly le mostrara exactamente lo que hacía, cuando no tenía compañía. Y lo peor de todo fue que Holly ni siquiera lo lamentaba.

Una de las pocas pasiones, que ella tenía en la vida, eran los caballos, y pasaba más tiempo con ellos en los establos, que en cualquiera de las actividades propias de una dama, que su abuela insistía en que aprendiera.

Ella sabía tocar el piano, pintar y bordar. Pero lo único que realmente le gustaba hacer era pasar tiempo con los caballos.

La triste realidad era que la insufrible presunción de Lord Stockton había despertado la naturaleza competitiva de Holly, una que no solía tener la oportunidad de manifestarse. Aunque ella había tenido toda la intención de comportarse bien durante su mañana con el conde. Por eso se levantó tan temprano y también desistió del desayuno.

La idea había sido disfrutar de un breve y emocionante paseo, en su yegua favorita, y regresar con tiempo suficiente para encontrarse con Lord Stockton para una excursión más tranquila.

No obstante, él se le adelantó y arruinó todo eso.

El inconfundible sonido de los cascos golpeando el suelo helado interrumpió los pensamientos de Holly. O, mejor dicho, fue el de un segundo par de cascos.

Ella giró la cabeza para mirar por encima del hombro y vio que Lord Stockton ya la había alcanzado, lo cual era una molestia. Al dar la vuelta, bajó su cuerpo sobre Artemisa, empujando la cabeza de la yegua. El viento invernal era terriblemente frío, pero Holly no dejó que eso la detuviera. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se arrancó las horquillas del pelo hasta que sintió que los rizos le caían por la espalda. Aún así, ella no se detuvo.

La montura de Lord Stockton era sin duda más poderosa que la suya. Y también más rápida, a juzgar por el estruendoso sonido de los cascos, que se acercaban cada vez más.

Sin embargo, Holly conocía el lugar como la palma de su mano. Lo había recorrido desde que tenía edad suficiente para sentarse sobre un poni, y no estaba dispuesta a dejar que ese

intruso escocés la venciera.

Frente a ella, apareció a la vista el arroyo, que bordeaba el terreno formal, casi congelado, en esa época del año. Lo aclararía antes de disminuir la velocidad.

Pero por mucho que le hubiera gustado, no podía ignorar la presencia de Lord Stockton durante toda la mañana. Y, en cualquier caso, tenía algunas explicaciones que dar. Suspirando, Holly se preparó para el salto.

Con toda su atención puesta en el río, que tenía frente a ella, apenas se dio cuenta que Lord Stockton la había alcanzado, y la superaría fácilmente, en un momento o dos.

Gruñendo de frustración, Holly instó a Artemis a galopar a toda velocidad, empujando a la yegua lo más fuerte que pudo. Al llegar al borde del agua, ella posicionó al ejemplar para el salto. En cuestión de segundos, superó el arroyo y sintió como si estuviera volando. No importaba cuantas veces cabalgaba, la sensación de pura alegría nunca la abandonaba.

Incluso, en esta época del año, cuando su corazón estaba pesado por la tristeza y su mente llena de recuerdos de su madre, salir con Artemisa la hacía feliz. Al aterrizar en el otro lado del río, Holly se enderezó, le dio unas palmaditas a Artemis y disminuyó la velocidad, primero al trote y luego al paso.

A su lado, Lord Stockton ya había aterrizado del salto, y en ese mismo momento estaba colocando su caballo junto al de ella.

El aire frío de la mañana quemaba los pulmones de Holly, mientras tomaba grandes bocanadas de aire.

Ella giró la cabeza para mirar al conde y no pudo evitar sentirse complacida por la evidente admiración en su rostro.

Entonces, cuando él le sonrió con franco agradecimiento, Holly no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Milady —dijo, mientras ambos reducían la velocidad hasta detenerse—. Debo admitir que tus habilidades como amazona me han puesto en una posición muy difícil.

—¿Qué quieres decir, Lord Stockton? —preguntó Holly con lo que esperaba que fuera una inocencia de ojos muy abiertos. Pero esa sonrisa cómplice le dijo a él que no lo estaba engañando.

—Quiero decir que no debería haber asumido que no podrías seguirme el ritmo, Lady Holly. Está más que claro que cualquier hombre tendría mucho trabajo por delante para seguirte el ritmo.

Holly sintió una sacudida de placer, ante sus palabras.

—Bueno, hiciste un trabajo estelar, milord —asintió ella, amablemente, mientras él se reía.

—Tu método también es un poco ortodoxo —continuó el conde, y Holly no pudo evitar ponerse rígida en respuesta.

¿Expresaría ahora su disgusto? ¿Pensaría que ella era deficiente, que no estaba preparada para ser una dama de calidad? No es que le importara lo más mínimo lo que él o cualquier otra persona pensaran de ella, pero esto le disgustaría mucho a la abuela.

—Oh, no lo es... quiero decir, no lo es... —Ella dejó de murmurar y se mordió el labio, estudiando al conde y preguntándose hasta qué punto debía ser franca.

El bajo sol invernal se reflejaba en el mechón rubio, que siempre parecía caer sobre su frente, y Holly se sorprendió, ante la repentina necesidad de extender la mano y apartarle el cabello rebelde de la cara.

“¡Cielos! ¿Qué me pasa?”

—Es poco ortodoxo —convino ella finalmente, más bien para distraerse de pensar en cosas como tocarle el pelo. Miró el paisaje circundante, pálido y encalado por la escarcha matinal—. Pero siempre me han gustado los caballos y montar a caballo. Desde que tengo memoria, en realidad. Y... —Ella buscó algo que explicara su comportamiento sin arruinar su reputación.

Según la experiencia de Holly, las lenguas de los hombres eran tan ociosas y viciosas, como las de las mujeres cuando se trataba de chismorrear.

—Y no hay nada comparable a la sensación de galopar a lomos de un caballo veloz —concluyó Lord Stockton, suavemente.

Holly dirigió su mirada hacia Lord Stockton, sintiendo ahora una extraña especie de parentesco, junto con ese deseo distractor de tocarlo. Para su horror, ella sintió un calor revelador en la piel.

—La mayoría de la gente se horrorizaría, ante mi comportamiento —dijo ella, en voz baja—. No lo entenderían. Por eso suelo mantenerlo en secreto.

—Pero esta vez no lo hiciste.

—No —replicó Holly con franqueza—. Porque me sacaste de quicio.

Una risa en respuesta resonó en el terreno vacío, e hizo que el corazón de Holly se acelerara de la manera más alarmante.

—No soy como la mayoría de la gente, Lady Holly —dijo con la risa aún brillando en sus ojos castaños y dorados—. Y tu secreto está a salvo conmigo.

Evan observó cómo Lady Holly se sonrojaba de manera favorecedora, ante sus palabras, y se deleitó con el efecto que causó en ella.

La mañana había estado llena de una sorpresa tras otra, y apenas habían comenzado su viaje.

Su corazón apenas había tenido la oportunidad de recuperarse de la visión de esas piernas, en pantalones ajustados, antes que Holly saliera disparada hacia la niebla de la mañana, con su magnífico cabello, arrastrándose detrás de ella, como un faro de fuego en el hielo, que los rodeaba. Y no era solo su cabello lo que era magnífico...

Mientras observaba a Lady Holly desmontar con gracia y atar su caballo, a la rama baja de un árbol, él se dio cuenta que realmente había disfrutado de esa mañana.

No porque ella fuera bella, más bien debido a que Holly era inesperada, ardiente e impertinente, en el mejor sentido.

La noche anterior, él se había enamorado de sus atributos físicos. Después de todo, ella tenía un par de buenos ojos, en su cabeza. Pero esa mañana, mientras le daba rienda suelta a Tempest y alcanzaba a la dama, y observaba cómo el viento atrapaba sus rizos y los enviaba volando, salvajes y libres, no había pensado en sus responsabilidades ni en la traición de Celia.

Saltando fácilmente de su propio caballo, lo condujo junto al de ella, observando por un momento cómo ambos animales bebían del arroyo parcialmente congelado.

El sonido de un suspiro, detrás de él, hizo que girara para ver a Lady Holly, examinándolo, lo que le hizo pensar todo tipo de cosas malvadas, que no debería estar imaginando.

—¿Estás bien, milady? —preguntó.

—Lo estoy —respondió ella, en voz baja, aunque todavía lo observaba con recelo—. Es solo que...

Ella dejó escapar un suspiro, antes de enderezar visiblemente los hombros.

—No te conozco, Lord Stockton. Y bueno... me has visto con pantalones, por el amor a la bondad.

Los ojos de Evan se dirigieron hacia donde estaban ocultos los pantalones bajo el pesado material de terciopelo de sus faldas. Eso no le impidió recordar con detalle cómo la tela había rozado esos delgados muslos, en la curva de sus pantorrillas...

—Y —continuó hablando, de modo que Evan sacó su mente de la cuneta con un esfuerzo hercúleo—, sabes tan bien, como yo, que las lenguas se mueven con mucha rapidez, cuando tienen algo lascivo sobre qué hablar.

Ella se mordió el labio, otra vez. Era algo que tenía por costumbre. Cuando estaba nerviosa o incómoda, y él justificaba esto.

—Yo solo estoy...

—¿Te preocupa lo que la gente piense de ti? —adivinó, muy consciente de la precariedad y la importancia de la reputación de una dama.

¿No había Celia arruinado su vida y la de su familia, después de todo? ¿No estuvo cerca de arruinar a las hermanas de Evan?

—En realidad, no me importa lo que la gente piense de mí —le respondió sorprendida. Y había una sinceridad inconfundible en sus palabras, que le indicaba a él que ella hablaba en serio—. No me importa ninguna de estas tonterías. Pero mi abuela ha trabajado muy duro para organizar esta fiesta, y merece que salga bien.

Evan sintió una pizca de cariño, ante las palabras de Lady Holly. Él creía firmemente que a ella no le importaban las opiniones de los demás ni impresionar a los invitados de Northwood Manor. Pero ella estaba sufriendo. ¡Y era por el bien de su abuela!

Esto era desinteresado, una cualidad que en realidad no esperaba encontrar en las jóvenes de la alta sociedad. Quizás esta fue una suposición injusta. Quizás no todas eran como Celia...

—Sé muy bien el daño que pueden causar las lenguas que hablan sin parar. —Se acercó a donde Lady Holly lo observaba con sus enormes ojos marrones. Ella estaba mordiéndose el labio—. Pero tienes mi palabra, milady, que guardaré tu secreto. Sé que no me conoces. La pregunta

es: ¿confías en mí?

Holly lo miró en silencio por un momento, y Evan no podía creer lo importante que de repente se volvió para él su respuesta. Sin saber por qué, quería que ella confiara en él.

Después de un rato, ella se encogió de hombros.

—Supongo que debo hacerlo —respondió Holly, en voz baja.

Evan resistió el impulso de inflar el pecho. Se sentía como si hubiera ganado un premio, al ver que la hermosa pelirroja le creía.

—¡Excelente! Ahora, ¿por qué no me muestras más de los terrenos de tu padre, antes que ambos, parados aquí, nos convirtamos en hielo?

—Muy bien —replicó ella, moviéndose para levantarse, una vez más, con gracia sobre su silla sin ninguna ayuda de él.

—Intenta seguir el ritmo esta vez. —Ella sonrió, antes de poner a su yegua, en acción, y, nuevamente, simplemente dejarlo a él allí parado y mirándola.

CAPÍTULO SEIS

El vapor con un aroma a lavanda envolvió a Holly, y ella suspiró satisfecha, mientras sentía como si el agua caliente se filtraba en sus huesos congelados.

Ella no tenía intención de quedarse afuera tanto tiempo. No obstante, la mañana había transcurrido volando, y solo cuando sus dientes empezaron a castañetear, Lord Stockton insistió en devolverla a casa.

—¿Cómo bailarás conmigo, esta noche, si se te caen los dedos de los pies por el frío? — Él le guiñó un ojo, y Holly tuvo que soportar un rubor furioso y su sonrisa cómplice, mientras esos ojos recorrían su rostro.

Ella intentó ofrecerle una respuesta mordaz, pero fue demasiado fría para poder decirle algo coherente.

—Tomaré ese murmullo, como un acuerdo para bailar el primero contigo, milady. —Él se rió, antes de correr de regreso a los establos, esta vez dejándola atrás.

Tan pronto como regresaron, él la acompañó galantemente, dentro de la casa, antes de hacer una reverencia y despedirse.

Holly lo observó alejándose, admirando esas largas piernas enfundadas, en ajustados pantalones color beige y arpilleras brillantes con el desorden de su cabello dorado, mientras se quitaba el sombrero y pasaba una mano por el mismo, exhibiendo una postura confiada de sus anchos hombros, al moverse rápidamente hacia las escaleras.

Fue solo cuando llegó su criada, cloqueando y alborotada, como una gallina, que ella entró en acción. Sarah la empujó escaleras arriba, pidiéndole que se bañara, y la regañó por quedarse afuera tanto tiempo, en un día tan frío.

Una tetera de té caliente, una comida sencilla de sándwiches y su amado pan de jengibre hicieron que Holly se sintiera mucho mejor, mientras se llenaba la bañera. Incluso cuando se metió en la bañera, ya no temblaba de frío.

Sarah se fue a planchar el satén color violeta para las festividades de la noche, dejando a Holly sola con sus pensamientos.

Se iba a celebrar un baile en Assembly Rooms, un evento navideño anual para los menos afortunados. El vicario y su esposa eran los anfitriones, ayudados por la abuela de Holly, quien había pasado el día allí, preparando el lugar.

Holly también solía ayudar, aunque cuando la abuela se enteró de la invitación de Lord Stockton, ella se puso muy contenta que Holly se retirara y pudiera relacionarse con este caballero.

En ese momento, Holly puso los ojos en blanco, ante la alegría de la abuela. Pero después de haber pasado la mayor parte del día con el conde escocés, Holly no pudo evitar compartir algo de ese deleite.

Y se dio cuenta, mientras cogía una pastilla de jabón de lavanda y empezaba a lavarse el pelo, que aquel era el primer día de invierno, desde el fallecimiento de su madre, que pasaba sin sentirse desanimada.

Sintiendo una punzada de culpa, en el fondo de su mente, Holly se negó a prestarle atención. Todavía extrañaba a su madre. Siempre lo haría. ¡Especialmente en Navidad! Pero seguramente también era aceptable para ella disfrutar de momentos agradables. Además, su madre hubiera querido que Holly siguiera disfrutando de la temporada, tal como lo había hecho su madre, cuando era joven.

Sin embargo, durante muchos años, el dolor de Holly había hecho que esto fuera imposible. Pero tal vez, hoy, solo por esta noche, Holly podría permitirse disfrutar de las festividades.

Y su estómago se agitó violentamente, al recordar a Lord Stockton y ese guiño travieso, cuando él le había reclamado el primer baile. Tal vez podría olvidarse que la Navidad es un momento de dolor, y en cambio recordar que debería ser un momento de alegría.

El salón de baile era sencillo y pequeño, pero estaba decorado con franjas de tela blanca, y dondequiera que Evan miraba había ramas de acebo y hiedra. Las velas iluminaban cada rincón oscuro y él vio más de una rama de muérdago, esparcida por el salón. Estaba claro que la esposa del vicario tenía predilección por el romance.

Él había llegado temprano con su propio carruaje y se lo había ofrecido al señor Winchester y a su hermana, ambos invitados en Northwood Manor, quienes eran personas muy agradables de voz suave, que vivían a solo una hora de Northwood.

Incluso le agradaba Winchester, quien es un hombre sensato, y era preferible su compañía que la de su hermana, porque era evidente que ese hombre no tenía intenciones de conquistarlo. Por lo tanto, consideró que este amigo era seguro.

Empezaron a llegar cada vez más invitados y Evan se esforzó por ver si Lady Holly ya había aparecido. Pero, antes, cuando regresó a la mansión, se escapó rápidamente de la muchacha. Aunque lo hizo porque sus temblores lo tenían en vilo, y estaba preocupado de haberla enfermado.

Ciertamente, él no tuvo intención de dejar a la dama afuera tanto tiempo y sabía que había hecho mal. Más aún, cuando Holly empezó a temblar visiblemente, él casi tuvo una apoplejía, al preocuparse por ella.

Ahora se decía a sí mismo que solo estaba ansioso por verla para asegurarse que no hubiera sufrido ningún daño, como resultado de su paseo matutino. No obstante, luego recordó que ella se había sonrojado, cuando le había pedido un baile. ¡Y qué emoción sintió al imaginarla, sosteniéndola en sus brazos! Aunque fuera brevemente. Y sospechaba que no era solo la preocupación por su salud lo que lo tenía desesperado por ver a Lady Holly.

Un repentino destello rojo atrajo la atención de Evan, mientras seguía observando el sitio. Lady Holly entró en el salón, luciendo cada pulgada suya como la regia hija de un par, sonriendo recatadamente, ante los saludos que le enviaban, ajena a las miradas apreciativas del caballero

que la rodeaba.

Sin embargo, a Evan le afectaban todos estos gestos, y se sorprendió por los celos viscerales, que calentaron su sangre, y lo enviaron a medio camino a través del salón de baile, antes de saber lo que estaba haciendo.

Él se obligó a detenerse, y simplemente, la miró fijamente. El azul de su vestido contra el rojo dorado de su cabello le reseco la garganta. Parecía etérea, como una sirena mítica, hermosa, pero intocable. Y que el Cielo lo ayudara, él quería tocarla. ¡Desesperadamente!

Mientras permanecía allí como un completo idiota, vio a Winchester acercándose sigilosamente a ella, tirando de su corbata, mientras avanzaba.

Evan entrecerró los ojos, al contemplar la escena.

“¿Ese hombre tiene planes para Holly?”

Evan apretó los dientes, pero resistió el impulso de ir marchando hacia allí. Ciertamente, él había pasado una mañana con la muchacha, y no tenía derecho a sentirse propietario de ella.

—¿Vas a quedarte aquí parado como un imbécil, o vas a hacer lo que debes hacer?

Evan saltó al oír una voz junto a su codo y miró hacia abajo para ver a Ángela, observándolo fijamente.

“¿Cómo es que ella aparece en todas partes?”

—¿De dónde vienes? —espetó.

Ella sonrió con picardía.

—¿Te gustaría saberlo? —respondió ella, crípticamente—. ¿Te fue bien esta mañana?

—Bueno, sí —replicó Evan, sonando a la defensiva, incluso para sus propios oídos.

—¿Tan bien, que te quedas aquí parado, como un idiota, mientras otro caballero le presta atención a la dama? —Ella resopló, burlonamente.

Evan abrió la boca para discutir, pero su atención fue captada por Winchester, que de repente agarró la mano de Lady Holly.

Olvidándose por completo de la anciana, que estaba a su lado, él corrió a través del salón, y en escasos segundos estuvo al lado de Holly.

—Milady.

Lady Holly giró para parpadear y mirarlo, mientras retiraba su mano de la de Winchester. Tardíamente, Evan esbozó una reverencia, ignorando a Winchester. Obviamente, el sinvergüenza podría encontrar su propio camino a casa.

—Creo que tengo el honor de bailar contigo el primero. —Él sonrió, recordando que sus dientes habían estado castañeteando demasiado como para negarse.

La ceja levantada y la expresión altiva indicaban que ella también recordaba esto.

Él se preguntó si ella lo rechazaría rotundamente y no sabía por qué la idea le molestaba tanto. Pero cuando él le tendió la mano, ella dudó solo un segundo, antes de poner la suya en la de ella. Al mirar hacia abajo, él notó que esa mano parecía pequeña y frágil, junto con la suya. Por lo que sintió una sacudida de consciencia, ante el contacto.

Al levantar la vista hacia su rostro, él se deleitó secretamente con el rubor de sus mejillas, y le costó un esfuerzo considerable no levantar la otra mano hacia la suave piel. En vez de eso, la condujo hacia donde estaban reunidos los otros bailarines, todavía sin prestarle atención a Winchester. Mientras ocupaban sus lugares, uno frente a la otra, Evan miró alrededor del salón.

Su mirada se fijó en Ángela, que los observaba con los ojos entrecerrados.

Ella asintió con la cabeza, en señal de aprobación, mientras la orquesta tocaba los acordes iniciales de un reel, pareciendo complacida que él hubiera corrido hacia allí, arrebatando a Lady Holly del plácido señor Winchester.

Evan frunció el ceño, preguntándose, si había sido manipulado por aquella extraña mujercita. Pero realmente eso no le importaba.

El baile comenzó, y él extendió las manos para agarrar las de Lady Holly, entre las suyas, acercándola lo suficiente para oler la lavanda, que flotaba a su alrededor, antes de dar un paso atrás de mala gana, como lo exigía el baile.

Bailó con Holly, sin hablar mucho, aunque disfrutando, cada vez que ella se acercaba lo suficiente para que él pudiera percibir su aroma a lavanda, o ver el brillo en sus profundos ojos marrones. Pero el set llegó a su fin demasiado pronto, y Evan, de mala gana, soltó la mano de Lady Holly, alejándose de ella.

Con el rabillo del ojo pudo ver a más de un caballero, preparándose para abalanzarse sobre ella, y esa extraña actitud protectora celosa volvió a aparecer. Sin pensarlo mucho, él volteó para mirarla.

—¿Le importaría salir a caminar un rato, milady? —lo preguntó, reacio a dejarla ir.

Sabía que era muy extraño ese deseo de tenerla a su lado, en todo momento. Pero, no podía dejarla ir.

Ella se mordió el labio, mientras consideraba su petición, antes que apareciera el fantasma de una sonrisa.

—Pareces decidido a mantenerme al aire libre y congelada, Lord Stockton —bromeó ella, mostrando algo de esa combatividad, que él había visto antes.

Y, aparentemente, él había vuelto a ser un muchacho verde sin control sobre su libido, porque esas palabras lo hicieron pensar inmediatamente en las muchas formas placenteras, en que podía mantenerla caliente. Afortunadamente, todavía le quedaba suficiente sensibilidad para no decirle eso.

En lugar de eso, sonrió en respuesta a su insolencia juguetona, y extendió un brazo, esperando a ver si ella se negaba. Con un suspiro exagerado, ella colocó ese brazo en su codo.

—Si se me caen los dedos de los pies, se lo explicarás a mi abuela —susurró ella, mientras se dirigían hacia la salida.

La risa estridente de ella atrajo la atención de los invitados presentes. Aunque ninguno de los dos se dio cuenta de esto.

CAPÍTULO SIETE

Tan pronto como ellos salieron, Holly sintió tanto el frío como el viento cortante, que la azotaba, y deseó tener su capa. O incluso un vestido de manga larga. Tal vez hubiera sido una tontería aceptar acompañar a Lord Stockton. No obstante, realmente, ella se había sentido incapaz de hacer nada más, cuando lo miró a los ojos.

En el camino, mientras su abuela y su padre charlaban sobre nada en particular, Holly empezó a ponerse melancólica. Y ella no pudo evitarlo. Se imaginó cómo habría sido sentarse en la habitación de su madre, como solían hacerlo y contarle todo sobre el apuesto conde y las mariposas, que sentía en el estómago, cuando él le sonreía. O cómo hubiera sido presentárselo a su madre.

Sin embargo, al llegar a Assembly Rooms, ella estaba al borde de sentirse absolutamente miserable. Más aún, cuando el señor Winchester interrumpió sus sensibleras cavilaciones, ella no sintió alivio alguno de sus pensamientos. Y entonces, ¡apareció Lord Stockton! Su miseria y malestar se habían disipado.

Holly sabía que era una tontería que sus emociones se vieran tan afectadas por un hombre, al que apenas conocía. Pero ella no fue capaz de evitar que su corazón se acelerara, cuando él vino a tomar su mano, así como tampoco podía evitar que la nieve cayera.

Ella observó en silencio cómo los copos caían del cielo, cubriendo el suelo con un manto blanco puro, olvidando lo que era mirar la nieve sin sentirse desamparada. Incluso tampoco recordaba la paz, simple y sencilla, que se podía encontrar, al ver cómo el mundo se volvía blanco.

—Es hermoso, ¿no? —preguntó él, en voz baja.

—Lo es —susurró Holly, reacia a romper el silencio perfecto que los rodeaba—. En tantos años., creo que no me había dado cuenta de lo hermoso que es...

Él no respondió, pero Holly ni siquiera lo notó.

De repente, cuando ella se vio envuelta en sándalo y un agradable calor, se dio cuenta que él se había quitado la chaqueta para ponérsela sobre sus hombros.

Su corazón tartamudeó, cuando giró la cabeza para verlo de pie, detrás de ella, con sus manos apoyadas sobre sus hombros. Resistiendo la tentación de hundir la nariz en la solapa e inhalar ese aroma masculino, simplemente lo miró fijamente. El momento parecía cargado de algo que ella, no podía nombrar, antes que él bajara sus manos y se moviera para pararse a su lado.

—No hay mucho que pueda hacer con tus dedos de los pies, Lady Holly, pero al menos puedo mantener el resto de tu cuerpo caliente.

Entonces, ella se rió, inundada por su abrigo y sintiéndose extrañamente segura.

—¿Por qué tengo la sensación que no sabes mucho de esto? —preguntó.

—¿Mucho de qué? —Holly frunció el ceño.

—De cómo reírte —respondió él, suavemente.

Sus palabras sonaron demasiado cercanas, y Holly arqueó una ceja con la esperanza de romper la peculiar tensión que los rodeaba.

—Debes pensar que soy muy adusta, milord —bromeó.

—Por el contrario, milady, sospecho que tienes mucho más espíritu que cualquiera de mis conocidas. Y sin duda hay más en ti de lo que parece a simple vista. —Le guiñó un ojo.

Sus palabras le resultaron extrañamente agradables a Holly, y ella sintió ese maldito calor en sus mejillas.

—¡Ah, ahí está! —Él sonrió.

—¿Qué es eso?

—Ese rubor. Aposté conmigo mismo a que lograría conseguir que al menos me mostraras uno, esta noche.

Los ojos de Holly se abrieron y estaba segura que su rubor se profundizó.

—¡Es horrible! —soltó ella, levantando las manos para cubrirse las mejillas acaloradas.

—¡Es encantador! —replicó él, extendiendo la mano, y apartándole las manos de la cara.

Holly esperaba que las dejara caer de inmediato, pero él no lo hizo.

Y ella sabía que debía soltarse de su agarre, aunque tampoco procedió de esa manera.

Simplemente, Holly se quedó parada, esperando, pero no sabía qué estaba esperando. Parecía como si ella estuviera al borde de algo... lo cual era asombroso, aterrador, erróneo, pero, a la vez, perfectamente y maravillosamente correcto.

Holly pensó fugazmente en la abuela y en todas las reglas sobre cómo debe comportarse una jovencita.

Mordiéndose el labio, como solía hacer en situaciones estresantes, pensó en la insistencia de la abuela, que era inútil, y aunque pudiera estar cumpliendo veintiún años, no tenía ningún deseo de enamorarse. Pensó en su determinación que esta época del año, para ella, era una de tristeza y dolor, y era así... ¡Nada más!

Y luego, cuando los labios de Lord Stockton descendieron y capturaron los suyos, no pensó en nada, absolutamente.

Durante varios meses, después que Celia se fue, Evan se había preguntado cuál sería su propio estado mental. Él no era un monje ni un abstemio. Había disfrutado mucho, acostándose con una buena cantidad de mujeres, y conocía tan bien como cualquier otro hombre de sangre caliente los inmensos placeres de la carne. Además, desperdiciar una vida entera y elegir la pobreza y la oscuridad, le había parecido nada más que una locura.

Sin embargo, en el momento en que sus labios tocaron los de Lady Holly, pensó que podría entenderse a sí mismo, a pesar que nada podría haberlo preparado para la repentina, feroz

e imparable ola de necesidad, que se abatió sobre él. La cual le robó todo el aliento y su cordura.

“¿No es nada? ¡Jamás me he sentido así!”

No había tenido intención de perder el control. ¡Diablos! Tampoco anhelaba besarla. No hasta que ella se mordió el labio de una manera, que lo volvió loco, lentamente, toda la mañana... No hasta que sintió que necesitaba saborearla más de lo que necesitaba respirar...

No obstante, su cuerpo parecía tener mente propia y como el pensamiento coherente se había vuelto imposible, dejó de intentarlo y simplemente se permitió “sentir”.

Evan soltó las manos de ella, extendió su mano y agarró su rostro, inclinando su cabeza, y sus labios se volvieron más urgentes contra los de ella.

La movió hacia atrás hasta que estuvo apoyada contra un pilar de piedra, lo que le dio la oportunidad de dar un paso adelante, y presionar su cuerpo contra el de ella.

Ella jadeó, ante el contacto, y Evan aprovechó al máximo, hundiendo su lengua dentro de su boca para bailar con la de ella.

Él se preguntó fugazmente, a sí mismo, si estaba yendo demasiado rápido, abrumándola con su pasión. Pero antes que pudiera recuperar el control, ella levantó los brazos y se enroscó alrededor de su cuello, presionándolo aún más cerca. Holly sintió que la chaqueta se le resbalaba de los hombros, pero no había forma de que ella tuviera frío. No con el calor del fuego que ardía entre ellos. Pasándole las manos por la espalda, él la agarró y la atrajo hacia la evidencia de su deseo.

Decirse a sí mismo que debía ir más despacio ya era inútil.

Lo que fuera que había entre ellos, ahora era más feroz y potente, que cualquier cosa que hubiera sentido jamás. Y él no tenía idea de cómo iban a detenerlo porque estaba seguro que no tenía la fuerza para hacerlo.

—No se preocupe por Lady Northwood... Estoy segura que está en algún lugar.

El sonido de una voz, justo al otro lado de la puerta, devolvió la cordura a Evan, y se dio cuenta demasiado tarde que había estado besando a Holly hasta dejarla inconsciente, donde cualquiera podría haber salido y haberlos visto. Él pudo haber arruinado por completo a la chica. Aquí mismo, en un balcón helado.

Evan se apartó de ella con un salto, y giró hacia la voz, a tiempo de ver el inconfundible ceño fruncido de Lady Ángela, mirándolo.

—Mmm.

Eso fue todo lo que ella dijo. Pero ese pequeño sonido fue muy fuerte y Evan se sintió debidamente castigado.

—Lady Holly. —Ángela miró a Holly con enojo, cuya respiración sonaba tan agitada como la de él—. Tu abuela te está buscando. ¡Debes entrar! —exigió—. Y tal vez sería prudente dejar al caballero con toda su ropa —continuó escandalosamente—, podría estar mal visto dejarlo medio vestido en el balcón.

Esa cabeza desapareció por la puerta, dejando un silencio ensordecedor a su paso. Y Evan no tenía idea de cómo romperlo.

Preparándose para una derrota bien merecida, tal vez incluso una bofetada en la cara, por si acaso, Evan giró para mirar a Lady Holly. Pero no había ira en su rostro ni lágrimas, ni el histrionismo, que se podría esperar de una inocente. ¡Solo había ese rubor feroz, mientras ella se mordía ese maldito labio!

Antes que él pudiera hablar, ella le arrojó la chaqueta. Él ni siquiera se dio cuenta que Holly la había recogido. Y sin siquiera hacer el más mínimo contacto visual, pasó corriendo junto a él, y entró apresuradamente.

Evan estaba de pie en el balcón, con el frío filtrándose, en sus venas calientes, y se preguntó qué diablos acababa de hacer.

CAPÍTULO OCHO

—¿Puedo traerle algo de beber, milady?

Holly logró sonreírle al señor Winchester, con quien acababa de bailar un cotillón, pero su sonrisa se sintió forzada y frágil.

De hecho, durante toda la velada, ella se había sentido tensa y frágil. Incluso, ahora, todo su cuerpo se erizaba al recordar esos besos.

Holly podría ser inocente, pero no podía creer ni aceptar que la mayoría de los besos fueran así. No estaba bien que fueran tan intensos, transformadores y trascendentales. Seguramente, lo habría oído antes, si esto fuera así.

Cada vez que Holly escuchaba a escondidas las conversaciones susurradas de mujeres casadas, nunca oía a nadie describir las cosas que ella había sentido. Pero, entonces, pensó: *“¿cómo se puede describir algo así? Simplemente, nadie encontrará las palabras adecuadas.”*

Durante todo el resto del baile, en la cena y la charla habitual, su mente había estado fijada firmemente en esos besos. Estaba obsesionada con la sensación del cuerpo, duro como una roca, de Lord Stockton, presionado tan cerca del suyo. Y anhelaba urgentemente esos labios y la danza seductora de esa lengua contra la de ella...

—¿Milady?

Holly chilló, cuando una voz sonó justo en su oído. Dio la vuelta, asustada. Su mano chocó contra un vaso de ratafía, que el señor Winchester le estaba ofreciendo. El mismo cayó al suelo con un ruido sordo, estrellándose contra el suelo de losas y salpicándola con líquido y astillas de vidrio.

—Milady —jadeó el señor Winchester—. Lo siento mucho. No era mi...

Sus disculpas tartamudeadas fueron ahogadas por gritos de preocupación, mientras la gente se agolpaba alrededor de ella, preocupándose por Holly, y armando un alboroto mucho mayor del que la situación requería.

Ella levantó la vista de la multitud, que cacareaba, y escrutó el salón de baile con la mirada en busca de la abuela o de su padre. Sin embargo, ninguno de ellos estaba a la vista.

Sí vio a Lady Ángela, al otro lado del salón, quien observó la escena frente a ella con expresión ilegible. En vez de apresurarse a unirse a la refriega, Lady Ángela volteó y se deslizó hacia la sala, donde algunos caballeros habían ido a jugar a las cartas y fumar cigarros. Por supuesto, ella no entró a ese lugar, y tampoco dijo nada. Se quedó parada frente a la puerta por un momento, antes de pasar de largo.

Alguien tiró del vestido de Holly, distrayéndola de Ángela, y ella miró hacia abajo para ver al señor Winchester, agachado frente a ella, a la vista de toda la gente del salón.

—Señor Winchester —jadeó Holly—. Por favor, de verdad que no debe...

—¿Qué está pasando? ¿Qué pasó?

Holly levantó la cabeza de golpe, ante la voz dominante y masculina.

Lord Stockton se alzaba sobre la multitud. Su mirada dorada era feroz y destacaba entre la luz de las velas. Como si lo hubiera ordenado, la pequeña multitud se abrió hasta que solo quedaron Holly y el ridículo señor Winchester secándole las faldas inútilmente.

—¿Estás herida?

Ella no reconoció a nadie más. Ni siquiera al hombre adulto, que estaba agachado frente a ella, y Holly se dio cuenta que no podía hablar, debido al repentino nudo, que se le formó en la garganta. Sacudiendo la cabeza, ella solo pudo mirarlo a él, fijamente.

Holly vio el alivio en sus ojos, antes que se fijaran en el señor Winchester, y su preocupación se transformara en consternación.

—¿Qué estás haciendo, hombre? —gritó el otro—. Levántate y aléjate de las faldas de la dama.

“¡Oh, cielos!” pensó Holly. *“A la abuela le dará un ataque de apoplejía.”*

—No lo hice... no sabía...

Holly sintió una punzada de simpatía, cuando el señor Winchester se puso de pie de un salto, con el rostro pálido, ante la ira de Lord Stockton.

—El cristal se rompió y la falda de Lady Holly quedó completamente arruinada, así que...

Una vez más, los ojos de Lord Stockton se dirigieron hacia ella.

—¿Estás herida? —preguntó él, suavemente.

—No, no lo estoy —respondió ella, y la vergüenza que le causó el alboroto hizo que su voz sonara más aguda de lo que pretendía—. ¡Como lo dije! —terminó con un poco de malicia.

—Bueno, de todos modos esa lengua no siempre tiene la razón. —Él habló suavemente para que solo Holly pudiera oírla, y ella se quedó con la boca abierta, ante su audacia. Pero esos ojos brillaban con picardía, y ella tuvo que morderse el interior de la boca para no sonreír ni animarlo.

—Ven —le tendió la mano y la apartó con delicadeza de los ávidos espectadores que la rodeaban—. Debo llevarte a tu casa.

Holly sintió que sus mejillas ardían de ira por su arrogancia e incomodidad, ya que lo había evitado a él, deliberadamente, desde su beso en el balcón.

—Eso es completamente innecesario, milord. Mi abuela...

—Tu abuela aún no está lista para irse, Lady Holly. Ella está acompañando a un caballero... Permíteme acompañarte a tu casa.

Holly giró la cabeza para ver a Lady Ángela, abriéndose paso entre la multitud. Ni siquiera la había visto llegar desde el otro lado del salón.

—Ahora, vete... ¡Vete! —le pidió con bastante rudeza, mientras le entregaba a Holly la capa azul forrada de piel.

“¿Cómo tuvo ella tiempo de coger mi capa? Y más importante aún, ¿por qué agarró mi capa?”

—Ángela, no puedo irme.

—Por supuesto que puedes. ¡Vete! ¿Quieres que ese insufrible señor Winchester regrese con tu abuela?

No queriendo causar más escándalo, Holly no tuvo más opción que dejarse empujar prácticamente hacia la puerta por Lady Ángela.

Holly buscó frenéticamente a la abuela en el salón, pero todavía no había señales de la viuda y en unos momentos, Lord Stockton la tuvo en el aire fresco de la noche, mientras le hacía señas a su conductor para que se acercara. Holly dio la vuelta para mirarlo con el ceño fruncido, pero luego se dio cuenta que él no se había detenido a buscar su propia capa y sombrero.

—Milord —dijo ella, frunciendo el ceño—. No tienes tus cosas.

—Mmm. —Él se miró a sí mismo, como si acabara de darse cuenta—. Es cierto.

Entonces, Evan la miró con una sonrisa iluminando su rostro.

—Pero no me atrevo a volver a entrar y enfrentarme a Lady Ángela. Preferiría recoger mis cosas, mañana.

Ella no pudo contener su enojo, cuando él se mostraba tan irritantemente encantador.

El carruaje se detuvo frente a ellos y el conde rápidamente la ayudó a subir al vehículo, antes de subirse detrás de ella. Un rápido golpe en el techo indicó que estaban listos para partir. Y una vez más, Holly se encontró completamente sola con Lord Stockton. Sola y, esta vez, lejos del riesgo de miradas indiscretas.

Evan no podía decir qué le hizo abandonar el juego de cartas, en el momento en que lo hizo. Todo lo que sabía era que en un instante estaba sentado allí, bebiendo brandy y repitiendo, una y otra vez, en su mente, cada momento de esos besos, y al siguiente sintió la repentina necesidad de encontrar a Lady Holly. Y justo cuando regresó al salón de baile, la vio rodeada de gente, y su corazón se paró en seco, aturdiendo su pecho.

Él llegó a su lado, en pocos segundos, y sus ojos buscaron desesperadamente cualquier señal de lesión o enfermedad. Para su alivio, ella no parecía más que avergonzada por la atención. No obstante, esa tranquilidad duró poco, ya que miró hacia abajo y vio a ese maldito Winchester husmeando literalmente alrededor de sus faldas.

Evan tampoco supo cómo había logrado evitar levantar al hombre por su flaco cuello y enviarlo al otro lado del salón. Lo que sí sabía era que quería alejar a Holly de él. Y de todos los demás... Por muy irracional que él fuera y por muy peligroso que fuera estar solo con ella, Evan no iba a abandonar el salón de baile sin ella.

Así que ahora... Aquí estaban los dos, juntos. Y, sorprendentemente, el comportamiento descarado de Ángela había funcionado a su favor. Más aún, ahora que lo pensaba, cada momento agradable, que había pasado con Lady Holly, parecía surgir de la interferencia de Ángela. Quizás la misma no era tan mala, o tal vez, simplemente esto le estaba empezando a gustar.

Abrió la boca para preguntarle a Lady Holly sobre su amistad con la mujer, pero cuando la miró, ella hizo una mueca de dolor y se examinó la mano.

—¿Qué...? —Ella se detuvo al ver la flor roja debajo del blanco prístino de su guante.

—Estás herida —dijo él, en un tono acusador para los oídos de ella.

—No, no. —Lady Holly puso los ojos en blanco—. Simplemente, atrapé un trozo de vidrio que se cayó. No es nada.

—Déjame ver —insistió él, y extendió la mano para tomar la de ella entre las suyas.

—No, no pasa nada —aclaró ella, apartando la mano de golpe—. No es más que un rasguño.

Evan sabía que ella se sentía incómoda. Se dio cuenta por la forma en que se mordía el labio, y se negaba a mirarlo a los ojos. También percibía que él era la causa de su incomodidad. Sabía que no debería haberla tocado de la forma en que lo hizo, y que probablemente ella nunca había experimentado más que un beso casto en la mejilla, por parte de un caballero, que no era parecido en nada, a sus deseos apenas controlados.

Él debería disculparse. Esto era lo correcto. Para tranquilizarla, al menos. Lo suficiente para que él pudiera comprobar y asegurarse, que no había sufrido ninguna lesión grave.

No habían estado solos desde que se besaron en el balcón. Lady Holly se había asegurado que así fuera con su forma de revolotear por el salón, como una mariposa, siempre logrando estar al otro lado del mismo. Por eso, él había ido a enfurruñarse en la sala de juegos. Era eso... y el hecho que él no tenía ni idea sobre qué hacer en su presencia. ¿Cómo comportarse? Y ¿cómo arrepentirse de haberla besado, cuando en realidad no lo lamentaba?

—Milady —expresó, en voz baja, en señal de deferencia hacia el silencio del carruaje.

Él esperó que ella reaccionara, pero Holly no levantó la cabeza y se negó obstinadamente a mirarlo a los ojos.

Paradójicamente, Evan sintió un destello de diversión. No podía creer que hubiera pensado que la chica era dócil. Tenía una columna vertebral de acero y una terquedad aún más fuerte. Y aunque sabía que esto era una locura, la cual probablemente empeoraría la situación, no pudo resistirse a estirar la mano y agarrar su barbilla, inclinándola para que ella se viera obligada a mirarlo a los ojos.

—Por favor —susurró él, mirándola fijamente a los ojos, profundos y oscuros—. Déjame comprobarlo. Al menos para mi tranquilidad.

Él esperó, mientras ella lo miraba.

Y después de lo que pareció una eternidad, ella extendió la mano y puso su mano en la de él.

CAPÍTULO NUEVE

El corazón de Holly tronaba en su pecho, al estar sentada en el estrecho espacio del carruaje con Lord Stockton.

Había solo unas pulgadas de distancia entre ellos, mientras ambos estaban sentados, inclinados uno hacia la otra. Y cada vez que pasaban por un bache en el camino, las rodillas de él chocaban con las de ella, y le provocaban una respiración agitada.

Había recuperado el aliento tantas veces, que empezaba a sentirse mareada.

Sabía que quitarse los guantes, delante de un caballero, suponía una cierta intimidad. Pero, ¿que fuera un caballero el que se los quitara? Bueno, eso era absolutamente ruinoso. Por eso, al principio, se resistió... Entonces, razonó, considerando que había estado presionada contra él, como una desvergonzada, solo unas horas antes, y parecía un poco tonto preocuparse por la respetabilidad, ahora mismo.

Al haber montado, en horcadas, con sus pantalones, e incluso al besarlos hasta dejarlos sin sentido, prácticamente, ese barco ya había zarpado. En realidad, ella estaba dándole mucha más importancia a esto de la necesaria.

Holly observó, atentamente, cómo el rojo continuaba extendiéndose por el satén blanco, que cubría su palma. Era su mejor pareja de guantes y estaban completamente arruinados.

Su corazón tartamudeó, cuando Lord Stockton pasó el pulgar por su muñeca, y su pulso saltó salvajemente. Ella solo podía esperar que él no lo notara. Ya era demasiado malo que su rostro delatara sus emociones sin que su muñeca se uniera a la pelea.

—¿Puedo quitarte el guante para inspeccionar la herida, Lady Holly? —preguntó con sus profundos ojos dorados, clavados en los de ella, y una voz grave y dominante.

—Milord, en realidad, esto no está bien...

—Llámame Evan —interrumpió—. “Milord” parece un poco formal ahora. —Él sonrió.

Ella no podía hablar. Simplemente, no podía decir ni una palabra.

Holly pensó con ironía que todo el decoro se había ido por la ventana, cuando se trataba de este hombre. ¡Y en tan solo un par de días!

“¿En qué clase de mujer me convertiré? Ciertamente, mi abuela no estará orgullosa de esto.” Sin embargo, ella no podía insistir en rechazar ese pedido. Cuando se trataba de ese hombre, Holly se sentía como una marioneta atada a un hilo.

Esta falta de control sobre sus emociones y reacciones no era una sensación del todo agradable... Pero tampoco era terrible... Ella estaba en algún punto intermedio y confuso.

—Evan —repitió, hipnotizada por el repentino destello de calor en sus ojos, mientras hablaba—. Como lo dije, no hay necesidad de tanto alboroto.

—Compláceme, ¿eh? —respondió él, antes de bajar la mirada hacia la mano, que

descansaba bajo la suya.

Holly observó cómo él movía la mano por su brazo y comenzaba a tirar del guante. Apenas podía respirar, mientras un deseo perverso se desplegaba dentro de ella. No sabía cómo un gesto tan discreto podía hacerla sentir, como si le ardiera la sangre. Pero cuando la mano de él empezó a descender dolorosamente y despacio, raspando la carne, que ella dejaba al descubierto, sintió como si estuviera sufriendo la tortura más exquisita.

No entendía esa sensación. Sentía escalofríos y frío, pero un calor insoportable, al mismo tiempo. Percibía como si todo su cuerpo fuera a convertirse en líquido, en cualquier momento.

Ella solo se movió, cuando él deslizó el guante más allá del lugar donde se había cortado. Hizo una mueca de dolor y él la miró. Y cuando Holly vio la mirada cruda, casi angustiada en sus ojos, dejó de respirar por completo. Por un momento de locura, ella quiso arrojarle de su asiento, a su regazo.

No obstante, afortunadamente, ella bajó la mirada hacia su mano nuevamente, rompiendo el hechizo y dándose la oportunidad de llevar algo de oxígeno muy necesario a sus pulmones, y aclarar su cabeza confundida.

Como Holly había intentado explicarle, el corte no significaba nada. Era minúsculo y, aunque había una gota de sangre fresca en su mano, apenas brotaba. Aunque él sostuvo su mano en la suya, metió la otra mano en un bolsillo, y sacó un pañuelo impecable, antes de presionarlo suavemente contra su palma.

Holly mantuvo sus ojos firmemente fijos en el pañuelo, aunque podía sentir que él la estaba mirando. La verdad era que ella estaba aterrorizada de lo que vería en su mirada dorada. Si él sintiera un deseo parecido al que ella sentía, la besaría otra vez. ¡Y ella se lo permitiría!

Así mismo, Holly no tenía idea de lo que esto significaría para cualquiera de los dos. El silencio se prolongó entre ellos, tenso y lleno de cosas no dichas y acciones no realizadas. Justo cuando el último nervio de Holly se destrozó, el carruaje se detuvo, y ella pudo haber gritado de alivio, cuando un lacayo abrió la puerta.

Apartando su mano de donde había quedado en su agarre, salió rápidamente del vehículo y entró corriendo a la mansión. Huir era una actitud cobarde, ella lo sabía muy bien. Pero esto era lo único que se interponía entre ella y la ruina total.

—Querida, si sigues perdiendo el tiempo, no habrá pan de jengibre para tu baile.

Holly había estado realmente pensando en algo, pero las palabras de la cocinera hicieron que su mente volviera al presente y la alejaran de Lord Stockton, en quien ella había estado firmemente fijada desde la otra noche. Apenas había pegado un ojo, desde entonces, mientras repetía mentalmente, una y otra vez, el beso y el paseo en carruaje.

Ella había estado dando vueltas, en la cama, y al final decidió renunciar a tener una noche de sueño tranquilo hasta que terminara la Navidad y el conde regresara a Escocia.

A la mañana siguiente del baile en Assembly Rooms, mientras rompía el ayuno con la abuela, soportó en silencio el sermón desaprobador de la señora.

—Desaparecer así no es algo que se pueda soportar, Holly. —La abuela sollozó—. ¿Y que esa extraña criatura, Lady Ángela, transmita tu mensaje? Espero algo mejor de ti.

Holly aceptó el regaño en silencio, preguntándose por qué Lady Ángela mintió acerca de haber hablado con la abuela solo para sacarla de la puerta, pero razonó que no era lo más extraño del comportamiento de esa mujer en particular.

Cuando la abuela finalmente la dejó ir, corrió a su dormitorio, y se arrepintió de no asistir a la cena de esa noche, alegando que tenía dolor de cabeza. En realidad, estaba demasiado asustada para volver a ver a Lord Stockton.

En los días intermedios, ella lo había evitado a toda costa, siempre asegurándose de estar enfrascada en una conversación antes, durante y después de la cena, dedicándole solo unas miradas breves y una sonrisa fría. Y durante el resto del día, había empezado a deambular por los rincones, antes de entrar en cualquier salón, para que Lord Stockton, o Evan, como él había insistido en que lo llamara, no la viera. Esto se volvió tedioso, rápidamente.

Y así fue como Holly se encontró allí, el día de su baile de cumpleaños, de camino a las cocinas, las cuales eran uno de sus pocos refugios seguros.

Tan pronto como bajó la última escalera, el inconfundible olor a pan de jengibre llenó el aire y una ola de dolor invadió a Holly, deteniendo sus movimientos y apretando su corazón.

De repente, recordó las muchas horas felices que ella y su madre habían pasado juntas, aprendiendo a hornear ese delicioso y picante manjar, con la cocinera, dándoles instrucciones, pacientemente, y observándolas durante sus ridículos esfuerzos hasta que lo hicieran bien.

El año en que murió su madre fue el último en que Holly se aventuró a ir a las cocinas para ayudar a la cocinera con el pan de jengibre, aunque la querida señora todavía se aseguraba que el mismo se horneara todos los años.

Indudablemente, el hecho que Holly viniera aquí era un testimonio de lo preocupada que estaba por el conde, olvidando por completo los dolorosos recuerdos. O tal vez, simplemente, ella buscaba el consuelo de la sencillez de la infancia, ahora que sentía que su vida se había vuelto insoportablemente confusa y complicada.

Había pensado en dar media vuelta y correr, pero en lugar de eso se encontró caminando hacia el olor reconfortante. Esta fue otra oportunidad para recordar a su madre, no con tristeza y dolor, sino con felicidad y cariño. Tan pronto como entró en las bulliciosas cocinas y estuvo envuelta en los brazos de la cocinera, Holly supo que había hecho lo correcto.

Sin embargo, si esperaba que el acto sorprendentemente reconfortante de hacer pan de jengibre la distrajera de sus pensamientos sobre Evan, se sintió profundamente decepcionada. Era por eso que ella estaba parada allí ahora, siendo amablemente amonestada por la cocinera.

—Lo siento —dijo Holly, sonriendo débilmente—. Me temo que hoy estoy un poco distraída.

—Probablemente, estás pensando en el delicioso Lord Stockton, ¿no?

Holly dio la vuelta al oír unas carcajadas detrás de ella, y vio a Lady Ángela, con una sonrisa claramente lasciva en su rostro. Ni siquiera la había oído llegar por detrás.

—Lady Ángela, por favor —la reprendió Holly, débilmente—. Eso no es... quiero decir,

yo no estaba...

—¡Oh! ¡Claro que sí! —expresó Lady Ángela con una mueca de desagrado—. ¿Y quién podría culparte? Parece que ese hombre fue tallado por ángeles.

A Holly se le escapó una risa espantosa, ante la audacia de la vieja loca. Ella no se equivocaba, pero aún así, era difícil decir esas cosas por ahí.

—Lo cual plantea la siguiente pregunta —continuó Lady Ángela, entrecerrando los ojos con astucia—, ¿por qué te escondes aquí en lugar de buscarlo allí?

—No, no estoy... —argumentó Holly—. Solo... estoy ayudando a la cocinera a... a...

—Tu cocinera no necesita tu ayuda —interrumpió Ángela con franqueza—. Si alguien, en este lugar, necesita ayuda eres tú, señorita.

Holly se sentía cada vez más ofendida por los comentarios de la mujer entrometida, pero antes que pudiera dar algún tipo de respuesta, Lady Ángela se acercó y estrechó las manos de Holly.

—Te has escondido del mundo durante demasiado tiempo, Lady Holly.

Los impactantes ojos verdes de Ángela se clavaron en Holly, haciéndola sentir como si la anciana viera su propia alma.

—Has echado de menos a tu madre, sí. Pero también has permitido que la pérdida de su vida te robara la tuya.

Holly no pudo hacer más que mirar fijamente a Ángela, mientras un nudo le llenaba la garganta y las lágrimas le escocían los ojos.

Era cierto lo que decía Ángela. Holly no solo había llorado la pérdida de su madre, sino que se había sumergido activamente en su dolor, especialmente en esta época del año.

A su madre le encantaba la temporada navideña, pero en lugar de seguir con sus tradiciones para esa querida festividad, Holly le había dado la espalda, tratando de ignorarla y reprimiendo los malos recuerdos que evocaba. Se convenció que la temporada era demasiado dolorosa.

Solo que este año, al tener que decorar para sus invitados y estar allí haciendo pan de jengibre, nuevamente, no fue dolor lo que sintió, sino alegría. Los recuerdos no eran tristes sino alegres.

Y ella se estaba escondiendo. Evitando a Evan y los sentimientos, que él había despertado en ella. Unos tan intensos que la aterrorizaban. Incluso desde el otro lado del salón había sentido la atracción.

No obstante, era una locura pensar de esa manera. Se conocían mejor desde hacía apenas una semana. ¿Cómo podía pensar y sentir esas cosas tan rápidamente?

—A veces el corazón sabe exactamente lo que quiere, en el momento en que lo encuentra, Lady Holly —continuó Ángela, como si pudiera leer los pensamientos de Holly—, no intentes comprenderlo, no te corresponde a ti comprenderlo. Lo único que puedes hacer es ser lo suficientemente valiente para aceptar el regalo, cuando te lo ofrecen.

Holly no podía hacer más que mirar con asombro a la dama que tenía delante. Esa

maravillosa y extraña mujer, que había aparecido como de la nada y que, de alguna manera, parecía conocer a Holly más de lo que ella misma se conocía.

De repente, Ángela bajó la mano y volteó hacia el plato de pan de jengibre, ya horneado, y enfriándose sobre la mesa de madera fregada detrás de ellas.

Tomó una galleta de la pila, le dio un mordisco, e inmediatamente asintió con la cabeza en señal de aprobación. Girando ligeramente la cabeza, levantó una ceja en dirección a Holly.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó, con un tono muy similar al de la mañana de su llegada—. ¡Vete! ¡Fuera!

CAPÍTULO DIEZ

Evan se había preparado desde temprano para el baile de esa noche, y ahora estaba inquieto y nervioso, mirando por la ventana de su dormitorio asignado, y observando el terreno de abajo.

Era Nochebuena y el cumpleaños de Lady Holly. Sin embargo, no la había visto para desearle lo mejor porque ella lo estuvo evitando desde aquellos besos.

Él tampoco la culpó. Todas las noches soñaba con ella y todos los días la veía evitarlo, a toda costa. Y cada vez que ella no le sostenía la mirada o se movía hacia el otro lado del salón, en cuanto él se acercaba, su corazón se encogía dolorosamente.

Lo cual era una locura, por supuesto. Conocía a la chica desde hacía una semana. Habían compartido besos y dos bailes.

¿Cómo era posible que ya la extrañara?

Afuera, se habían encendido antorchas para dar la bienvenida a los invitados, que viajaban para el baile de esa noche. Algunos, según le informó Lord Northwood, no habían acudido a ninguna de las festividades hasta el momento, pero como esa noche era el evento principal, por así decirlo, estaban haciendo los esfuerzos para asistir.

Durante todo el día, la casa fue un hervidero de actividad, y Evan pasó más tiempo del que le hubiera gustado admitir, recorriendo los salones, en busca de Holly. Se preguntó con quién bailarían esa noche. Acaso, ¿ella se negaría rotundamente a salir a la pista con él?

Por lo general, diría que una dama nunca causaría una escena, negándose a ponerse de pie junto a un caballero sin una buena razón. No obstante, él mismo había visto lo terca que podría ser Holly... Ojalá pudiera hablar con ella. Aunque, en realidad, si pudiera estar a solas con ella, no estaba seguro de cuánto querría hablar.

Un movimiento en el balcón de abajo le llamó la atención, y Evan se inclinó para ver a la dama salir al aire fresco del invierno.

Llevaba una capa blanca, como el invierno, y su pecaminoso cabello rojo estaba adornado con los diamantes más brillantes. Parecía un ángel, tan puro como el blanco que vestía, y a la vez, era una mujer tentadora y diabólica... Tan ardiente como su cabello, todo en uno.

Evan tuvo que tragar saliva para superar el nudo, que tenía en la garganta, cuando el deseo, rápido y candente, lo atravesó. Y antes que pudiera entrar en razón, dio la vuelta y salió corriendo del salón, en persecución de Lady Holly.

Mientras bajaba apresuradamente las escaleras, se preguntó sobre su cordura.

“¿Por qué persigo a esta mujer, como si fuera importante para mí? ¿Por qué siento que sí es importante?”

En pocos momentos, él estaba en el salón por donde ella debió haber salido al balcón. Aún era temprano. Faltaba al menos una hora para que llegaran los invitados. Y cualquiera que

se alojara en Northwood Manor todavía estaría en sus habitaciones, preparándose para la velada. Aún así, dudó algo, antes de salir.

“Tal vez, no nos vean, pero, ¿qué pasará si nos ven juntos?”

Bueno, no había nada de malo en hablar con la chica. El hecho que ellos estuvieran a solas no significaba que se volverían a besar.

“No soy esclavo de mis hormonas. No soy un joven inexperto, que tiene su primer encuentro con el sexo opuesto. Soy perfectamente capaz de mantener mis manos quietas.”

Asintiendo con renovada determinación y solo queriendo estar en su compañía, caminó a través del salón, directamente, por las puertas de vidrio hacia el balcón.

Allí estaba ella.

La noche era clara y fría, la luna y las estrellas infinitas lo bañaban todo con una luz plateada y nítida.

De pie, dándole la espalda y con el rostro inclinado hacia el cielo, Holly parecía etérea. Y él no estaba muy seguro qué decirle.

Dando un paso hacia adelante, su pie pateó una piedra perdida, haciéndola rodar por el concreto y provocando que ella girara hacia el lugar de donde provenía el sonido. Durante eones y segundos, simplemente se miraron el uno a la otra. Y luego...

¡Allí estaba el rubor revelador que siempre lo hacía sonreír a él! Evan recordó sus pensamientos, en el pasillo. Él no era esclavo de las hormonas. Tampoco era un joven incapaz de mantener sus manos quietas.

Aclarándose la garganta, repentinamente seca, se acercó a ella.

—¡Feliz cumpleaños! —Él arqueó los labios, fascinado por la intensificación de su rubor.

—Gracias —dijo ella con su voz apenas por encima de un susurro, pero aún con el poder de atraerlo más cerca, como el canto de una sirena.

“No soy esclavo de mis hormonas,” lo recordó con fiereza. “Puedo mantener mis manos quietas.”

Hubo otro silencio, esta vez cargado de deseo. Él sabía que era suyo. Esperaba desesperadamente que también fuera de ella.

—Evan.

Eso fue todo... Eso fue todo lo que se necesitó para hacer de su preocupación una burla... Solo su nombre en sus labios, que sonaba como una súplica y una pregunta.

Y él no pudo hacer nada más que acortar la distancia entre ellos, atraerla hacia sus brazos y responderle con un beso.

Holly se hundió en el abrazo de Evan, aunque sabía perfectamente que no debía hacerlo. En cualquier momento, la abuela podría venir a buscarla. Pero cada segundo que pasaba, a ella le importaban menos las consecuencias y más la sensación de estar una vez más, en sus brazos.

¿Fue el destino el que lo trajo allí con ella? ¿No había estado allí de pie, pensando en lo que había dicho Ángela? ¿Pensando en su madre, y si lo aprobaría? ¿Pensando en lo mucho que echaba de menos sus ingeniosos comentarios, su sonrisa incorregible y sus brazos fuertes y exigentes, alrededor de ella?

Esto fue como si Holly hubiera deseado que él se pusiera de pie, detrás de ella. Así que cuando él la tomó en sus brazos, ¿podría ella hacer otra cosa en vez de ir voluntariamente y felizmente?

Con una mano alrededor de su cintura, él levantó la otra para agarrar su mejilla e inclinar su rostro hacia el suyo, exigiendo la entrada a su boca, provocando un gemido, desde lo más profundo de ella.

Su gruñido en respuesta le hizo temblar las rodillas y si él no la hubiera estado abrazando tan fuerte, Holly estaba segura que habría caído hecha papilla a sus pies.

Ella no tenía idea de cuánto tiempo estuvieron allí, besándose, solo que nunca sentiría que sería suficiente. Sin embargo, finalmente, él sintió que se alejaba. Ahogando una maldición, él presionó su frente contra la de ella, y su respiración trabajaba tanto como la de ella.

—Lo siento —dijo él con voz áspera—. No tienes idea de lo que me haces, Holly.

—Creo que podría —suspiró ella sin pensarlo, ganándose una risa forzada.

Él se enderezó, pero en vez de alejarse de ella, se quedó justo donde estaba, con su otra mano rodeando su cintura para que ella quedara envuelta en sus brazos.

—Me has estado evitando —le reclamó suavemente.

Ella no podía negarlo porque esa era la verdad. Pero antes que ella pudiera decir algo, él habló de nuevo:

—Te he extrañado —expresó, y a ella casi se le sale el corazón del pecho.

Más bien, era demasiado pronto para sentir las cosas que ella percibía. Y la Navidad era una época que ella solía pasar triste, pensando en su madre y queriendo estar sola. Aún así, Holly se sentía como si se hubiera enamorado perdidamente de él. Y aunque pensaba en su madre, se dio cuenta que lo estaba disfrutando mucho. ¡Disfrutando de todo esto y de él!

—También has permitido que la pérdida de tu vida te robara la tuya.

—¿Yo? —No sabía por qué le resultaba tan difícil confesar que también lo había extrañado. Tal vez era porque sentía que era demasiado pronto. O posiblemente porque todo era tan inesperado—. Lo he... —intentó ella de nuevo, pero las palabras no le salían.

—Me has estado evitando —terminó por ella con un tono amable y una mirada atenta.

Holly bajó la mirada, analizando furiosamente las zapatillas de satén que no eran del todo adecuadas para una noche tan fría. En verdad, se había preparado demasiado temprano para la celebración de esa noche. Incluso cuando Lady Ángela la echó de la cocina, su coraje la abandonó y en lugar de “cazar” a Evan, corrió a sus habitaciones.

Y en vez de permanecer sentada sin hacer nada durante horas, se bañó y se vistió con un vestido de seda verde salvia, adornado con perlas, a lo largo del escote pronunciado y alrededor de la base de la elaborada cola.

Después permaneció sentada, durante un buen rato, mientras sus rizos rojos estaban apilados sobre su cabeza y horquillas de diamantes estaban cuidadosamente colocadas, a lo largo de ellos. Esperaba que el proceso llevara un tiempo, pero Sarah era una peluquera experta y hábil, así que, con al menos una hora libre, ella cogió su capa de noche de terciopelo blanco y se encontró caminando afuera, e inevitablemente, pensando en él...

—He estado muy ocupada —murmuró ella.

—Sí, estás ocupada evitándome —respondió él, infantilmente.

Ella levantó la vista hacia su rostro y vio que su sonrisa permanecía firme. Inmediatamente, Holly puso los ojos en blanco, pero tuvo que morderse el labio para no sonreírle. No necesitaba animarlo.

Un viento cortante barrió el balcón, tirando de su capa y haciéndola temblar.

—Siempre parece que te mantengo afuera y te congelo —anunció Evan, alejándose de ella para que al menos pudiera recuperar el aliento sin el vertiginoso deseo de presionarse contra él, nuevamente.

—Estoy segura que la abuela tiene mucho que hacer por mí —dijo ella, rodeándolo y preparándose para escapar rápidamente—. Iré y...

Antes que ella pudiera pensar en una excusa, él extendió la mano y le agarró la mano, mientras pasaba.

Holly levantó lentamente los ojos hacia él, sin sorprenderse por el aleteo de su pobre y sobrecargado corazón, al divisar una emoción profunda e intensa en su mirada.

—Quiero hablar contigo —expresó él, en voz baja, con sencillez—. ¿Hay algún lugar al que podamos ir?

Holly pensó por un momento.

La casa estaba repleta de sirvientes y se había contratado ayuda extra en el pueblo.

Todos los salones estaban limpios y preparados. Su padre probablemente estaba escondido en su estudio o en la biblioteca, y los dormitorios estaban, naturalmente, descartados. Ella simplemente debería decirle que no, e irse, eso lo sabía muy bien. Pero la perspectiva de pasar un tiempo a solas con él era demasiado tentadora, como para dejarla pasar.

Y entonces, ella se dio cuenta de dónde podrían reunirse. Tomó coraje con ambas manos y asintió.

—Sé dónde —dijo suavemente—. Solo sígueme.

CAPÍTULO ONCE

Holly robó un candelabro de una de las mesas del pasillo, y le ordenó a Evan que hiciera lo mismo, mientras caminaban rápidamente por la casa.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que ella vino por aquí. Al principio, esto había sido demasiado doloroso y luego, con el paso de los años, mientras los sirvientes lo habían mantenido impecable, bajo sus instrucciones, la esencia de su madre pareció desvanecerse hasta convertirse en otro lugar. Aún así, ella nunca permitió cambiar nada de ese sitio.

La silla de su madre estaba igual que siempre, así como la de Holly, a su lado. Las bonitas cortinas rosas, los cojines con flores en la tumbona del rincón... Todo era exactamente igual...

Ella entró en la sala, antes que él, y, cuando Evan la siguió y cerró la puerta detrás de él de una manera demasiado escandalosa, esto se sintió como si ellos fueran las únicas dos personas en el mundo.

Evan caminó alrededor de la pequeña sala de estar, asimilándolo todo. Puso la vela, en la repisa de la chimenea, y luego se dirigió hacia Holly. El sitio se llenó de oscuridad y sombras, mientras ellos se enfrentaban.

Las llamas parpadeantes de las velas danzaban sobre su rostro, mientras la observaba. E incluso con la escasa luz que proporcionaban, ella vio la intensidad del brillo en sus ojos.

—Esta sala era la favorita de mi madre —dijo ella con voz ronca, más para romper el silencio, que la angustiaba más que cualquier otra cosa—. Pasábamos horas aquí, decorando para Navidad o practicando la etiqueta.

Sonrió con nostalgia y se acercó a la mesa de palisandro, que permanecía entre los dos sillones. Colocó su candelabro sobre la superficie brillante y pasó una mano sobre el mismo, mientras se sentaba en su silla.

—Aprendí a servir té, en esta mesa. —Ella se rió.

—La extrañas...

Esta no era una pregunta, pero de todos modos Holly asintió.

—Todos los días —susurró—. Pero sobre todo en Navidad... A mi madre le encantaba. ¡Y a mí también! Creo que todavía me gusta. Pero no ha sido lo mismo sin ella. No he tenido ganas de celebrar desde que mi madre falleció.

—Pero tu cumpleaños, ¿no es motivo de celebración?

Holly se encogió de hombros con la mirada fija en la mesa.

—En realidad no. Al menos, no para mí. Estamos haciendo esta fiesta tonta porque la abuela así lo quiso. ¡Me parece ridícula!

—Seguramente, no querrás decir que nunca has celebrado tu cumpleaños.

—No demasiado —replicó ella, en voz baja—. Al principio, estaba muy triste. Y luego, con el paso del tiempo, ya no me parecía adecuado celebrar mi vida, cuando habíamos perdido la de mi madre tan repentinamente. La abuela siempre celebraba la ocasión de alguna manera. Papá simplemente hacía lo que le decían. —Ella sonrió, pero de manera forzada.

De repente, él estaba allí, en cuclillas frente a ella, y obligándola a mirarlo fijamente.

—Aunque normalmente estaría de acuerdo en que todas y cada una de las festividades son realmente ridículas... —Él sonrió con ironía—. No puedo estar de acuerdo en que celebrarte a ti sea lo mismo. De hecho —continuó, con los ojos suavizados, mientras observaba el rostro de ella—, tu cumpleaños, tu presencia en el mundo... No puedo pensar en una sola cosa que valga más la pena celebrar.

Una calidez se apoderó de Holly, ante esas maravillosas palabras, y ella solo podía imaginar cuán furiosamente se sonrojaba. Entonces, Evan levantó una mano y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Me encanta hacerte sonrojar. —Él se rió—. Espero poder hacerlo siempre. —Al pronunciar estas palabras, sus ojos volvieron a Holly, cuyo corazón empezó a latir agitadamente.

—¿Siempre?

En realidad, él no podría haber querido decir eso, ¿cierto? ¿Era posible que él fuera tan tonto como ella, en lo que se refiere al corazón? Porque ella sabía con una certeza, que no podía explicar, que su corazón ahora pertenecía al hombre agazapado frente a ella.

Ella lo amaba. Tal vez se había enamorado de él la primera vez que lo vio, al otro lado de un salón de baile en Londres, cuando su belleza la dejó sin aliento. Pero pensar que él sentía lo mismo, posiblemente era una tontería. Él era un hombre de mundo. Sofisticado... Experimentado... Muy acostumbrado a los escarceos con las mujeres... Ella estaba segura de eso.

Las palabras bonitas eran el lenguaje que él hablaba, y pensar lo contrario le traería dolor.

—¿En qué está pensando esa mente ocupada? —bromeó, mientras la observaba atentamente—. Sé que es algo muy serio. Puedo ver cómo giran las ruedas, pero no creo que yo esté en problemas. Pero, ¡todavía el fuego no ha iluminado tus ojos!

Holly le frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —intentó sonar indiferente, pero su voz fue apenas como un temblor—. Ni siquiera me conoces.

Esa sonrisa masculina era absolutamente lobuna, y un calor perverso se desplegó dentro de ella, en respuesta a esa expresión.

—Sí, claro que sí —respondió él—. No tan bien como me gustaría, pero lo hago.

Ella no podía tragar debido al nudo, que tenía en la garganta, mientras el calor se deslizaba por sus venas.

—Sé que extrañas a tu madre. Sé que amas a tu abuela lo suficiente como para soportar todo esto por ella.

Holly pensó distraídamente que probablemente sus piernas se estaban cansando, pero él no pareció notarlo ni importarle.

—Sé que, aunque eres lo suficientemente hermosa como para dejar a un hombre bizco, en realidad no te importan esas cosas. Sé que disfrutas montando a caballo por la libertad que te da, y montas a horcajadas porque no te importan las reglas tontas ni seguirlas, pase lo que pase.

Holly se quedó congelada por esas palabras tan ciertas. ¿Cómo era posible que él supiera tanto sobre su verdadero “yo”, en tan poco tiempo?

Pero él no había terminado y ella se encontró escuchándolo con avidez, pendiente de cada una de sus palabras.

—Sé que no puedes ocultar tus emociones porque tu rubor te delata. —Sonrió y acarició una de sus mejillas acaloradas, y ella estaba segura que le estaba dando toda la razón—. Y sé que te muerdes el labio inferior, lo que, por cierto, me lleva al borde de la locura, cuando estás nerviosa o pensando en algo.

Su voz era suave y baja, apenas un susurro. Sin embargo, Holly escuchó cada palabra, que era clara y firme.

—Y sé que besarte, una sola vez, me cambió. Lo suficiente para saber que una vez nunca será suficiente.

Holly no habría podido decir cuál de los dos se movió primero. Fue lo más natural del mundo, que sus labios se encontraran.

No obstante, este beso se sintió diferente. Todavía ardía con una pasión, que parecía encenderse desde el instante en que se tocaron. Pero también era tierno. Su cuerpo respondió, cuando él extendió la mano y tomó su rostro entre esas manos, asumiendo el control total, mientras profundizaba el beso con un gemido, provocando otro de ella.

Su corazón también respondió. Y si ella tuvo alguna duda que lo amaba, esta se disipó, en ese momento. Porque no solo parecía que el corazón de ella era el único involucrado en esta relación entre ellos, más bien, también era obvio que el de él estaba allí...

Evan no podía apartar los ojos de Holly, mientras ella estaba parada, en el medio del gran salón de baile frente a él, con las mejillas de un rojo intenso.

Quizás fue la atención que estaba atrayendo, ya que el baile era en su honor y, por lo tanto, le correspondía a ella abrir el baile.

Él estaba más que feliz de acompañarla en el baile y, le había informado con fingida severidad, que se habría vuelto loco de envidia, si ella le hubiera preguntado a alguien más.

Fue difícil permanecer allí y actuar, como si no hubiera habido un cambio enorme entre ellos esa noche. Él lo sintió y pensó que ella también debió haberlo sentido.

Esos besos, en la sala de estar de su madre, habían sido especiales, incluso de una manera que Evan nunca había experimentado.

Su corazón se había encogido de una ternura casi dolorosa, cuando ella lo miró con esos ojos grandes y oscuros. Y cuando sus labios se tocaron, el momento oportuno lo dejó sin aliento.

Había sentido, en lo más profundo de su alma, que así debía ser siempre. Sus labios solo

debían estar sobre los de ella. Nunca un beso lo había afectado tanto. Jamás había sentido que su corazón perteneciera por completo a otra persona. ¡Diablos! Él estuvo listo para casarse con Celia y no había sentido ni una fracción de la pasión, la ternura... Ni siquiera del amor que disfrutó, en apenas una semana, en compañía de Holly.

Podría haber pasado toda su vida sin siquiera saber que podía sentirse así. Y allí, de pie, con sus ojos castaños fijos en los suyos y sus rizos rojizos y dorados, brillando a la luz de las velas, él agradeció al Cielo haber encontrado esto... Con ella... O tal vez, lo pensó, mientras la música comenzaba y él se inclinaba ante la dama, que era a Ángela, a quien debería agradecer. Después de todo, había sido esa vieja loca la que prácticamente los había juntado.

A medida que los pasos los unían, él regresó su mente al baile y, más importante aún, a la mujer con la que estaba bailando.

El día siguiente sería el de Navidad y no esperaba disfrutarlo demasiado, ya que estaba abusando de la hospitalidad del vizconde durante la festividad. Pero ahora, él se encontró esperándolo con ansias.

Por primera vez en años, desde que Celia se había ido y lo dejó tan desinteresado en la temporada navideña, al igual que con el sexo femenino, se sentía emocionado por el día siguiente. Y su mente daba vueltas furiosamente con planes pensados a toda prisa. Si podía ayudar a que el día fuera mejor para Holly, o un poco menos triste, entonces, él iba a hacer todo lo posible para que eso sucediera.

Evan solo necesitaba ayuda. Y sabía exactamente a quién preguntarle...

CAPÍTULO DOCE

—¡Feliz Navidad, milady!

Holly se despertó con el sonido del saludo de Sarah, cuando la criada irrumpió por la puerta de su dormitorio. Sarah le dejó una taza de chocolate, junto a la cama, y abrió las cortinas para dejar paso a un día luminoso y nevado.

Esto parecía un mundo de hadas, encantador y helado. Y por primera vez desde que era niña, Holly se sintió libre de disfrutarlo. Incluso, tal vez, estaba un poco emocionada. Se sentó al lado de la mesa auxiliar y tomó su taza de chocolate, sorbiendo el líquido y disfrutando de su calor, en una mañana tan fría.

—¿Está despierta mi abuela, Sarah? —preguntó, mientras bostezaba.

Aunque esta mañana, Holly estaba agotada, este era un agotamiento feliz. Había disfrutado un baile más con Evan, después de la inauguración. Cualquiera otra cosa que no fuera eso habría dado que hablar, pero él se había asegurado de juntar la cena con el baile y, por lo tanto, esto les había permitido sentarse juntos para el banquete.

Holly no había tenido la oportunidad de pasar más tiempo a solas con él esa noche. Cuando el baile terminó y los invitados, que no se quedaron, fueron despedidos, el puñado de invitados restantes ya se habían retirado.

Pero ella estaba decepcionada, debido a que esperaba con ansias otro beso. “*Evan me convirtió en una auténtica libertina,*” pensó ella con una sonrisa.

—No, milady. Es demasiado temprano para que su abuela esté despierta.

Ante esas palabras, Holly miró el reloj de bronce sobre la repisa, sorprendida por lo temprano que era.

—¿Hay algún problema, Sarah? —preguntó, mientras dejaba la taza vacía sobre la mesa y se levantaba—. ¿Alguien me necesita?

—No, milady. Bueno, sí, en realidad. Yo...

Holly frunció el ceño, ante la prevaricación de Sarah.

—Su amiga, Lady Ángela. Ella es muy... eh... exigente. Quiere que usted baje de inmediato.

Holly se quedó mirando a Sarah durante un rato.

“*¿Qué está haciendo exactamente Lady Ángela, ahora? Bueno, solo hay una manera de averiguarlo.*”

—Supongo que entonces debería vestirme —dijo, sonriendo débilmente—. Y ver qué necesita la dama.

No habían pasado treinta minutos, cuando Holly entró al comedor y encontró a Ángela sentada y luciendo majestuosa, como una reina.

Se suponía que habría una comida muy elaborada, esa mañana, en concordancia con el espectáculo verdaderamente confeccionado, que había tenido lugar el día anterior, durante la cena, por lo que Holly no tenía intención de comer, en ese momento. Pero Sarah le había dicho que Ángela estaba muy convencida que se encontrarían en el comedor, y así fue...

—Buenos días, Lady Ángela —dijo, cuando la dama no dio señales de haberla oído entrar—. ¡Feliz Navidad!

Ángela levantó la vista de su té y sus brillantes ojos verdes recorrieron el vestido burdeos de manga larga de Holly y sus rizos recogidos apresuradamente.

No había tenido mucho tiempo para realizar sus abluciones, ya que no quería hacer esperar a la señora mayor, por lo que solo se colocó un fichú de encaje blanco, y fijó una banda de cinta blanca en la coronilla de su cabello.

No tenía idea si Ángela lo aprobaba o lo desaprobaba.

—Mmm... ¿querías verme? —insistió Holly.

—Sí, así es... —respondió finalmente Ángela—. Y me alegra ver que sigues siendo una belleza, incluso cuando no te esfuerzas mucho en tu apariencia.

La boca de Holly se abrió de golpe, ante el escandaloso comentario de Lady Ángela, y no pudo decidir, si debía sentirse halagada o insultada.

—Gracias —replicó ella. Cuando Ángela permaneció en silencio, volvió a intentarlo—. ¿Hay alguna razón por la que me necesitas aquí esta mañana, milady? —preguntó.

—Sí, la hay.

Holly dio la vuelta, al oír una voz masculina detrás de ella, y su corazón tartamudeó al ver a Evan, alto e insoportablemente guapo con una chaqueta de montar verde cazador y pantalones negros.

—¡Feliz Navidad, milady! —Hizo una reverencia, siendo formal, totalmente. Pero el brillo en sus ojos reflejaba pura travesura.

—Le pedí ayuda a Lady Ángela para que pudieras venir aquí esta mañana. No pensé que fuera apropiado, que yo te llamara.

—N-no, de hecho no lo sería —balbuceó Holly, quien no se explicaba por qué se sentía nerviosa, pero esta era la realidad.

—Me preguntaba si podrías acompañarme a dar un paseo por los jardines, Lady Holly —preguntó.

—¡Oh! Bueno, yo...

—Lo harás —dijo Ángela de repente, levantándose de su asiento—. No me arrastré fuera de una cama cálida y cómoda, al amanecer, solo para que te niegues a ir con él.

Evan dio la vuelta para mirar a Holly con una expresión casi acusadora.

—Ella estará contigo y se te permitirá disfrutar de este día —terminó Ángela con firmeza, antes de pasar apresuradamente junto a ambos y, sin decir otra palabra, salir del comedor.

—No tienes que hacerlo —dijo Evan, en el silencio, pero sonaba inseguro y Holly no pudo evitar sonreírle.

—¿Ah, sí? —Ella arqueó una ceja—. ¿Quieres decirle que no la escuchamos?

—Ni hablar —respondió con la suficiente rapidez como para hacer reír a Holly—. Vámonos de aquí, no sea que ella regrese para ver cómo estamos.

Él extendió una mano, y solo cuando Holly se movió para tomarla, ella notó que había una gran canasta en la otra. La trasladó a las puertas que dan al balcón, el cual rodea la planta baja de la mansión, y luego bajaron las escaleras hasta el jardín.

Una sensación de expectación flotaba en el aire, y Holly se dio cuenta que su estómago revoloteaba de emoción, tal como le había pasado en las Navidades de antaño, antes que ella renunciara a la Navidad.

Evan no podía creer el placer que sentía por el simple acto de tener la mano de Holly, en la suya, mientras caminaban por los jardines.

Una parte de él quería soltarle cosas que no estaba seguro que ella estuviera preparada para escuchar, pero logró mantenerse bajo control. Hoy, su plan no era otro que darle la Feliz Navidad, que ella había estado extrañando desde el fallecimiento de su madre. Era solo eso... Él quería hacerla feliz.

La noche anterior, mientras la vio bailar, charlar y reírse, Evan se dio cuenta que su felicidad, de alguna manera, se había vuelto increíblemente importante para él. Y se lo habría dicho, si hubiera tenido la oportunidad.

Sin embargo, con tanta gente clamando por la atención de ella, casi que no podían estar solos. Además, primero necesitaba encontrar a Ángela y contar con su ayuda. Cuando él le preguntó, ella lo miró perspicazmente, antes de soltar una carcajada repentina.

“—Sabía que lo tenías por dentro —dijo ella con un tono de aprobación—. Algunos tienen dudas, pero yo sabía que tú no.”

Las palabras crípticas lo habían confundido, pero no había tenido tiempo de preocuparse por ellas. Una vez que cumplió con su promesa, encontró el camino a las cocinas y ejerció su encanto sobre la cocinera, antes de retirarse finalmente para poder levantarse, y estar listo a tiempo para esa mañana.

Ellos llegaron a una pequeña locura, escondida en el rincón de un jardín amurallado, vacío ahora de flores y vegetación. Aún así, el paisaje era hermoso. Quizá aún más con el estanque congelado y las superficies cubiertas de nieve esponjosa.

—Es tan hermoso, ¿no? —preguntó Holly, mientras él la conducía a un pequeño banco de madera, y luego colocaba las mantas y la comida, que había traído.

—Lo es —convino él, y se levantó para tomarla de la mano y guiarla hacia las mantas—. Y tú también.

Ella se sonrojó, como él esperaba, y se sentó recatadamente en la cama de alfombras y mantas, que él había preparado. Le sirvió una buena cantidad de brandy, y se rió cuando ella miró el líquido ámbar con disgusto.

—Contrarrestará el frío —le aseguró.

—¿Y no hay mejor manera de hacerlo?

Esa era una pregunta inocente. Racionalmente, él lo sabía. Pero eso no impidió que su cuerpo sacara todo tipo de conclusiones deliciosas y todas las mejores formas en que podría calentarla. No se atrevió a decir nada, así que silenciosamente retiró su pieza de resistencia.

Holly jadeó al descubrir un plato de pan de jengibre, y Evan sintió una oleada de ternura, cuando esos ojos se iluminaron. Le encantaba brindarle incluso ese pequeño placer, que le proporcionaba más alegría de la que hubiera podido imaginar.

—Gracias, Evan. —Le sonrió y, ¡maldita sea! Esa expresión lo calentó más que cualquier cantidad de brandy.

Sin confiar en sí mismo para hablar, por temor a expresar sus sentimientos, antes de estar seguro que serían correspondidos, simplemente levantó su vaso hacia ella, antes de tomar un buen trago.

Tal vez fue una cobardía no dar ese último salto de fe, pero no pudo evitar recordar los sentimientos de rechazo y humillación, que había experimentado cuando Celia huyó de él. Pero, él no había amado a Celia. Si le confesara su amor a Holly, y ella se alejara, bueno, francamente, él no estaba seguro de poder sobrevivir.

No obstante, él se marcharía en solo dos semanas. Si no aprovechaba su oportunidad pronto, sería demasiado tarde. ¿Y no valía la pena correr el riesgo del rechazo por la oportunidad de hacerla suya? Si ella no lo amara, él estaría desconsolado. Pero si la dejaba ir, él quedaría destruido.

El sonido de una tos y un balbuceo interrumpió sus pensamientos más bien sensibleros, y miró para ver que Holly había bebido un gran trago de brandy.

—Eso es horrible —se quejó ella entre jadeos, y él no pudo evitar reírse.

—¿Al menos estás más caliente? —preguntó, frotándole la espalda hasta que ella dejó de toser.

—Supongo que sí —admitió de mala gana, antes de sonreír y tomar un pan de jengibre—. Pero creo que me quedaré con lo que sé.

Comieron en silencio, durante un rato, y ella incluso probó otro sorbo, mucho más pequeño, de su brandy.

—¿No es demasiado pronto para beber? —preguntó él, después de beber un trago tentativamente.

—Tal vez sí, pero es Navidad —expresó ella, guiñándole un ojo.

Holly suspiró y dejó caer su pan de jengibre sin terminar en el plato.

—A mí me encantaba esta época del año. —Ella sonrió suavemente, pero había una tristeza, en sus ojos, que le tocó el corazón—. Mi madre la adoraba y me la transmitió. Ojalá no hubiera dejado de celebrarla, pero no podía animarme a hacerlo sola.

Evan se acercó y le tomó la mano.

—No tienes por qué hacerlo sola —prometió él, en voz baja, sintiéndose, una vez más, al borde de un gran abismo—. No, si no quieres.

Vio un destello de pánico en sus ojos, por lo que él retrocedió. Era mejor esperar el momento oportuno que perderla para siempre.

—Ya sabes... —Él se recostó en el asiento, fingiendo una naturalidad que no sentía—. A mí tampoco me gustó mucho esta estación, en particular.

Ella lo miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos, y yo estaba comprometido?

Holly asintió, permaneciendo en silencio, atenta a sus revelaciones.

Evan respiró profundamente y, de repente, abrió su corazón, contándole a Holly sobre la naturaleza traicionera de Celia, sus mentiras, engaños y la traición final.

También le contó que le preocupaba que sus hermanas pagaran el precio de su tonta decisión. Le explicó cómo esta experiencia lo había convencido de cerrar su corazón y no correr el riesgo de volver a salir lastimado. Sin embargo, cada Navidad, desde entonces, no había sido más que un duro recordatorio del momento más embarazoso de su vida.

Cuando él terminó, esperó el familiar dolor de la humillación, pero el mismo no llegó. No sentía la vergüenza ni la ira, ni siquiera la culpa que hasta ahora habían acompañado cualquier conversación, o incluso pensamiento sobre Celia.

En cambio, él se sintió aliviado. ¿Eso fue todo? Más bien, estaba tranquilo. No estaba enojado por el pasado, pero sí agradecido por el mismo. Y ahora agradecía que la partida de Celia le había permitido reencontrarse con Holly, en estas circunstancias.

Perder a Celia significaba que había conservado su libertad y tenía la oportunidad de seguir su corazón para conocer la verdadera felicidad con una mujer, a la que amaba tanto.

Holly no había dicho ni una palabra, desde que él había comenzado su triste relato, y cuando la miró, ella lo estaba observando, no con lástima, sino con ternura y algo que él solo podía esperar que fuera amor. Uno que estuviera a la altura del suyo.

—Solía pensar que Celia estaba loca —concluyó—. Que estaba destinada a un manicomio. Que iba a tirar su vida por la borda, a renunciar a su riqueza y a sus privilegios, y a todo lo que había conocido, todo por esta estúpida idea del amor.

Él respiró profundamente y luego la miró directamente a los ojos.

—Solía pensar eso —repitió él, en voz baja—. Pero ahora lo entiendo perfectamente.

CAPÍTULO TRECE

—¿Y bien? ¿Ya le has propuesto matrimonio?

Evan saltó, ya que nuevamente Lady Ángela logró acercarse sigilosamente a él.

Habían pasado tres semanas desde que conoció por primera vez a esa extraña mujercita, y todavía no tenía idea de cómo lograba aparecer de la nada. ¡Esto era muy desconcertante! Y él se sentía muy incómodo, cuando ella lo miraba con el ceño fruncido, como si esa fuera su mayor decepción. Debería decirle que se ocupara de sus propios asuntos, por supuesto, pero se sintió obligado a explicarse a sí mismo, como si fuera un niño al que su madre regañaba.

—No —respondió con frialdad—. Todavía no.

Ella lo miró con el ceño fruncido y sus ojos escupían fuego verde.

—¿Y qué estás esperando? —preguntó—. Es la Noche de Reyes, ¿no? Te vas mañana.

Evan sabía perfectamente que se marcharía al día siguiente. No necesitaba que le dieran sermones al respecto. Su corazón se retorció dolorosamente, al pensar en estar lejos de Holly. Aunque esperaba que si esa noche iba bien, no tuviera que ser así. Toda la semana había estado esperando la oportunidad perfecta para pedirle que fuera su esposa. Esta vez sabía que le estaba preguntando, a alguien sin quien, sencillamente, no podía vivir. Pero saber eso solo lo pondría aún más nervioso, al esperar la respuesta.

¡No podía vivir sin ella! Lo sabía ahora con una certeza tan intensa, que a veces lo dejaba sin aliento. Mientras la observaba, el día de Navidad, recibiendo a los sirvientes, a los inquilinos locales y a sus familias, repartiendo cajas de comida y ropa, dando la bienvenida a todos, nobles y campesinos por igual, y tratándolos a todos con la misma cortesía y respeto, su amor por ella había crecido.

Y al pasar ese tiempo con ella, robándosela en cada oportunidad, cuando la casa se había vaciado de huéspedes, salvo Ángela y él, conociéndola a fondo, sus deseos y sus miedos, su buen carácter y su mal temperamento, lo había confirmado. Ella era su verdadero amor. La otra mitad de él.

Las últimas dos semanas habían sido realmente las mejores de la vida de Evan. Con la casa vacía de todos los invitados, excepto él, había aprovechado al máximo, haciendo que Holly lo acompañara en paseos y paseos, cada vez que podía. Y también disfrutó del tiempo con Lord Northwood. Aunque todavía no le había pedido a Holly que se casara con él, espera buscar la aprobación de su padre. Respetaba a Northwood, y se encontraba pensando con mucha alegría en unirse a su familia.

Para su deleite y alivio, Northwood estaba más que dispuesto a aceptar la idea, y dejó muy claro que se sentiría honrado de tener a Evan como su yerno. De la misma manera, la abuela de Holly estaba tan entusiasmada, como su hijo, ante este posible matrimonio. Durante cada comida, ella ensalzaba las virtudes de Holly: la belleza de su nieta, sus obras de caridad, su amplia capacidad de lectura y su habilidad con el piano.

Estas conversaciones siempre dejaban a Holly sonrojada furiosamente, y a Evan sonriendo como un tonto. Pero la anciana no dijo nada con lo que él no estuviera de acuerdo. En ese corto tiempo, Holly se había convertido en la otra mitad de su alma. Y Ángela, a pesar que interfería mucho, tenía razón. Había llegado el momento, después de esperar demasiado.

—¡Continúa! —le gritó, como si pudiera leerle el pensamiento—. Sigue adelante. Algunos de nosotros no nos estamos volviendo más jóvenes.

Él podría haber discutido con ella, pero en realidad giró la cabeza, al otro lado del salón, y Holly lo miró, directamente a sus ojos, sonriéndole. Y, al igual que en la primera noche, después de su llegada, él se sintió atraído por ella. Como una polilla ante la llama.

Comenzó a moverse por el salón, sin hacer caso de saludos o intentos de conversación. Pero algo lo detuvo y giró sobre sus talones para enfrentarse a Lady Ángela.

—Gracias —dijo en voz baja, aunque ella lo asustaba muchísimo—. Siempre parece que...

No sabía muy bien cómo expresarlo con palabras. Ese sentimiento que Lady Ángela había planeado de alguna manera todo lo que había entre Holly y él. Con un movimiento de cabeza, renunció incluso a intentarlo.

—Simplemente, gracias —repitió.

Para su sorpresa, ella sonrió y su rostro era tan amable, casi beatífico, que lo dejó atónito por un momento. Y luego ella lo arruinó todo frunciendo el ceño, una vez más, y ahuyentándolo. Aunque él no vaciló ni se detuvo hasta que estuvo a solo unas pulgadas de Holly. Ella arqueó una ceja y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te importaría salir a caminar conmigo, Lady Holly? —preguntó, consciente ahora de las miradas de una impaciente Ángela detrás de él.

—Me encantaría, milord. Gracias... —respondió ella con toda su recatada naturalidad.

Pero él no se dejó engañar por esa tranquilidad. No cuando esas mejillas brillaban casi tanto como su cabello y se mordía el labio. Evan hizo un trabajo rápido para sacarla, y prácticamente la arrastró hacia el jardín exterior.

Una vez más, la noche era clara y fría. La hierba que había debajo de ellos ya estaba cubierta de escarcha.

—De verdad tienes la costumbre de arrastrarme al frío, ¿no? —bromeó Holly, riéndose, mientras se detenían en la parte trasera del balcón, lejos de las miradas indiscretas.

—¿Es esa una invitación para calentarte, cariño? —preguntó él con un guiño.

Ella le dio un ligero golpecito en el brazo con el abanico, jadeando con fingida indignación, al tiempo que sus ojos se oscurecían por el calor, y Evan casi olvidó su intención de proponerle matrimonio.

Los momentos que habían pasado solos, juntos, esta semana, habían puesto a prueba su determinación más que cualquier otra cosa en su vida. Cuanto antes se casara con ella, sería mejor.

—Eres incorregible —lo reprendió, pero estaba sonriendo feliz y él le devolvió la sonrisa—. ¿Por qué me has arrastrado hasta aquí?

—Necesitaba hablar contigo —respondió él, velozmente—. En realidad, necesito hacerte una pregunta.

Evan resistió el impulso de tirar de su corbata, mientras se le formaba un nudo en la garganta. Tal vez algo en su expresión lo delató, porque los ojos de Holly se abrieron, mientras su sonrisa se desvanecía.

—¿Has disfrutado de tu Navidad? —espetó.

Holly frunció el ceño, confundida, y él no podía culparla. Todo lo que Evan quería estaba allí, frente a él. ¿Por qué no podía pedirle que fuera suya? ¿Por qué no podía dar ese paso final para tenerla para siempre? Mientras la observaba, una suave sonrisa se extendió por esos labios.

—Sí, lo he hecho —replicó ella—. Aunque pensaba que ya no era posible, he pasado una Navidad maravillosa. ¡Y eso es gracias a ti! Porque me has recordado que puedo ser feliz. ¡Que puedo extrañar a mi madre y llorar su pérdida! Pero también de todos modos, puedo vivir mi vida. ¡Gracias!

Entonces, él no pudo resistirse a capturar su boca, en un breve pero tierno beso.

Ella le estaba agradeciendo, cuando él debería estar agradeciéndole a ella. Holly había traído amor a su vida, cuando Evan ni siquiera estaba seguro que el mismo existiera.

—Como sabes, mañana tengo que volver a casa —dijo, al interrumpir el beso—. De vuelta a Escocia.

Holly asintió lentamente y un destello de tristeza se reflejó en sus expresivos ojos.

—No puedo irme sin decirte algo —continuó.

Tomando una respiración profunda, dio ese paso final y tan importante:

—¡Te amo! —dijo con sencillez, pero con el peso de cada emoción que ella despertaba en él—. ¡Te amo tanto que me vuelves loco! Te amo tanto que no puedo irme sin pedirte que seas mía para siempre. ¡Que seas mi esposa! Y que pases todos los días conmigo. Porque así podré demostrarte todos los días cuánta felicidad has traído a mi vida, y lo afortunado que me siento de haberte conocido. ¡Has capturado mi corazón, Holly! —siguió con voz ronca—, ¡has capturado mi alma! Es tuya, total y completamente. Solo te pido que seas mía, a cambio.

Holly pensó que debía estar soñando, mientras permanecía de pie y escuchaba las maravillosas palabras que pronunciaba Evan. Toda la semana, por más feliz que había sido con él, sentía una tristeza subyacente, porque sabía que la semana terminaría y él regresaría a casa.

Más de una vez, ella había tratado de encontrar el coraje para decirle que lo amaba, y pedirle que extendiera su estadía, o que se la llevara con él. Podía convencer a la abuela para que viniera, en su auxilio, pensó durante uno de sus momentos más frenéticos, a medida que se acercaba el momento de su partida.

Y si no podía, entonces, tal vez no sería tan terrible, si se iba sola. Posiblemente, la abuela estaría feliz de dejar ir a Holly, tal como Holly había dejado ir el dolor del pasado. Pero cada vez que intentaba encontrar las palabras, su coraje la abandonaba.

Y ahora, ella estaba allí, de pie, congelada en su vestido de satén blanco, y nunca había sido tan feliz, porque todo lo que él sentía, ella también lo sentía. Y todo lo que él quería, ella lo quería. ¡Con desesperación!

—¿Holly? —Esa súplica desesperada le recordó que no le había respondido.

Él parecía preocupado e inseguro. Y eso solo sirvió para que ella se sintiera aún más atraída por él. ¿Cómo podía él no saber que también había capturado su corazón y su alma?

Ella extendió la mano y le tocó la mejilla. El fuego repentino, en sus ojos, ante ese simple toque le calentó la sangre, y le hizo olvidar el mordisco del viento invernal.

—Será mejor que me respondas —dijo él, suavemente. Esa malvada promesa, en su voz, le envió escalofríos por la columna vertebral.

Se acercó a ella, la rodeó por la cintura y la acercó más a él. Tan cerca que ella podía sentir los latidos de su corazón palpitando con fuerza, y sabía que coincidían con los suyos.

—No me atrevo a volver allí y enfrentarme a Lady Ángela sin una respuesta tuya.

Holly logró reírse, incluso cuando su garganta se cerró, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Yo tampoco me atrevo a enfrentarme a ella —susurró—. No sin antes decirte que... ¡Yo también te amo! Tanto que eso me consume. No quiero nada más que ser tu esposa. Me devolviste mi felicidad, Evan. ¡Tú eres mi felicidad!

Todo lo demás que ella pudiera haber dicho se perdió, cuando él aplastó su boca bajo la suya. Una vez más, el fuego, que siempre parecía incendiarse entre ellos, ardió, y ambos quedaron atrapados en la más maravillosa conflagración.

Las manos de Evan alrededor de esa cintura se apretaron, mientras la atraía imposiblemente más cerca, presionándola contra él de una manera que arrancó un gemido de necesidad de la parte más profunda de ella.

Holly lo habría besado felizmente para siempre, allí mismo en el balcón, si Evan no se hubiera apartado, mientras que su respiración estaba tan agitada como la de ella.

—No puedo esperar hasta el día en que no tenga que parar —gruñó, y eso solo hizo que ella se inclinara hacia él nuevamente. Pero esa risa estrangulada la detuvo—. Ten piedad, por favor —dijo él con voz áspera—. Un hombre solo puede soportar hasta cierto punto.

Holly sintió que le ardían las mejillas, pero ahora no le importó tanto. Ni siquiera cuando él extendió la mano y le acarició la piel con el pulgar.

—Ven —dijo él—. No quiero que te congeles hasta morirte. Y, por supuesto, necesito decirle a tu Lady Ángela que finalmente hice algo bien.

Holly le sonrió a su prometido, mientras él comenzaba a guiarlos hacia adentro. Él era su prometido. ¡Qué maravilloso sonaba esto!

—Papá estará más que feliz de librarse de mí, te lo aseguro —dijo ella, secamente—. Y en cuanto a Lady Ángela, creo que te refieres a tu Lady Ángela. Tú eres la razón por la que ella está aquí, después de todo.

Él se detuvo y la giró para que lo mirara, frunciendo el ceño hacia ella, en evidente

confusión.

—¿Qué quieres decir con que yo soy la razón? —preguntó.

Ahora fue el turno de Holly de fruncir el ceño.

—Ella me dijo que ustedes eran amigos —le recordó—. En la primera cena que tuvimos. La noche en que nos conocimos nuevamente. Me pareció extraño que hubieras “invitado a una invitada”, y ni siquiera nos lo hubieras dicho. Había pensado mencionarlo, pero lo olvidé por completo.

Evan ya estaba moviendo la cabeza.

—Cariño, no la conocí, antes de esa noche.

—Pero... pero... ella dijo que ustedes eran amigos —insistió Holly.

—Esto no es lo más extraño que ella ha dicho —señaló Evan, y Holly no pudo discutirlo—. Entonces, si no es tu invitada ni la mía, ¿quién es y por qué diablos ella está aquí?

Holly no pudo hacer más que encogerse de hombros con impotencia.

—No tengo ni idea —dijo ella, mirando a través de la puerta, en la que se habían detenido, con la esperanza de ver una mata de pelo blanco, que le resultara familiar—. ¡Qué extraño!

De repente, la mano de Evan estaba en su barbilla, inclinando su rostro hacia el de ella.

—Sea cual sea el motivo, me alegro que haya aparecido —expresó él, en voz baja—. Si no fuera por ella, esto tal vez nunca hubiera sucedido. Y le estaré eternamente agradecido a esa vieja entrometida. —Sonrió.

Holly respondió a su sonrisa con una propia.

—Estoy de acuerdo —manifestó ella, alegremente—. Tal vez deberíamos decírselo.

Pero cuando entraron, no había señales de Ángela por ninguna parte.

Holly buscó entre los invitados que habían sido convocados al salón para la celebración de la Duodécima Noche. Esta no era tan magnífica, como sus festividades de cumpleaños, aunque esta era otra tradición de su madre, que ahora estaba muy feliz de mantener.

Evan habló con Lord Northwood, quien estaba encantado que Holly hubiera aceptado. Y la abuela estaba fuera de sí, prometiéndole que visitaría Escocia con la misma frecuencia con la que Holly le había asegurado que ellos visitarían Northwood.

Lord Northwood no perdió tiempo en hacer el anuncio a su pequeño grupo de invitados. Y nadie se sorprendió demasiado con la noticia. El amor entre Evan y Holly había sido evidente para todos los que los rodeaban.

Después del anuncio, las festividades parecieron cobrar nueva vida y su fiesta de la Duodécima Noche duró mucho más de lo que cualquiera de ellos había planeado.

Toda la tarde, Holly buscó a Lady Ángela. Pero parecía que la dama desapareció tan misteriosamente como llegó.

—Me pregunto a dónde habrá ido —le dijo Holly a Evan, cuando él logró quedarse un momento a solas con ella, en la sala de estar, que había sido de su madre—. Espero que no se

haya ido. Hace mucho frío ahí fuera, y no tuve la oportunidad de despedirme de ella.

Evan estaba mirando, a través de la ventana, hacia el cielo con una mirada pensativa en su rostro.

—Creo que probablemente se fue, cariño. —Giró la cabeza para mirarla con amor—. Creo que, tal vez, estaba aquí por alguna razón. Y su trabajo ya está hecho.

Holly no sabía qué quiso decirle, pero cuando él inclinó la cabeza para besarla, se olvidó de todo menos de su prometido.

Encima de ellos, una estrella fugaz brilló más que la luna y voló por el cielo, justo sobre sus cabezas, como si les otorgara una bendición del Cielo, antes de desaparecer, y todo quedó en calma y en paz, tal como estaba destinado a ser...

EPÍLOGO

—Sabes que no debemos regresar.

Ángela levantó la vista del lugar donde observaba a los recién casados, Lord y Lady Stockton, bailando un vals.

—Lo sé —dijo ella, simplemente—. No me quedará mucho tiempo.

Su acompañante siguió la mirada de ella hasta la pareja, quienes se miraban fijamente a los ojos, como si fueran las únicas dos personas en el abarrotado salón de baile, y en el mundo.

—¿Es inusual para esa especie casarse la Duodécima Noche y esperar un año entero para la boda?

Ángela se encogió de hombros.

—Quizás para la mayoría —respondió—. Pero no para ellos. Holly quería que fuera la Duodécima Noche y Evan haría cualquier cosa por la felicidad de Holly. Esa es exactamente la razón por la que eligieron...

Ambos permanecieron en silencio por un rato, inmóviles, sin que ningún otro invitado los notara.

—Hay otros —la persuadió finalmente su compañero con dulzura—. Muchos otros que nos necesitan.

Ángela suspiró.

—Lo sé —replicó—. Pero esta unión es especial. Ellos tienen esa cosa más rara: el verdadero amor... Solo quería verlo, una última vez.

Su compañero le puso una mano suave en el hombro.

—Y ahora que lo viste —insistió—. Es hora que nos vayamos.

Dio la vuelta y se alejó, desapareciendo de la vista en segundos. Ángela suspiró y giró para ir tras él. Ella miró una última vez por encima del hombro, y en ese momento, la mirada de Evan se alzó, encontrándose con la de ella.

Ángela lo miró con el ceño fruncido, por los viejos tiempos, antes de sonreír y asentir con la cabeza, en señal de bendición.

Esa expresión de sorpresa se suavizó hasta convertirse en una sonrisa, asintiendo de inmediato. Ella sabía que él estaba diciendo gracias. Aunque ese agradecimiento no era necesario.

Ángela no podía hacer que la gente se enamorara. Ninguno de ellos podía. El amor es una de las pocas cosas demasiado poderosas para que alguien o algo pueda manipularlas.

Todo lo que ella podía hacer era señalar dos corazones que estaban destinados a estar en la dirección correcta. Extrañaría a estos dos, lo pensó, mientras se alejaba, siendo invisible. Pero

ella lo comprobaría de vez en cuando.

Quizás ellos eran el mejor trabajo que ella haya hecho jamás. ¡Su mayor logro! Y Ángela supo con certeza, lo cual aceleró su corazón, que ese maravilloso amor, entre ellos, realmente sería eterno.

El fin.